

La personalidad de Jesucristo

Para mejor definirla, examinemos un instante la actitud de la mayor parte de los hombres con respecto al problema cristológico, sobre todo pesemos el testimonio que Cristo ha dado acerca de su persona, y, después de haber consultado a nuestra razón, comprobemos con cuidado el signo con el que Dios mismo ha querido sellar las atestaciones de su Hijo.

Resplandecerá de nuevo que el Fundador de la Iglesia Católica, Jesús, Enviado del cielo y Mesías, es verdaderamente Dios.

CAPITULO PRIMERO

La Opinión de los Hombres

Jesús es a los ojos de los protestantes liberales y de los críticos racionalistas un hombre muy señalado que se creía y que hasta se sentía Hijo de Dios más que los demás hombres. Muchos Mahometanos le colocan en el primer rango de los santos, mientras que lo más granado de entre los Judíos le tienen por un sucesor auténtico de los antiguos profetas. Si los anglicanos y los protestantes conservadores se limitan a reconocer en El un "elemento divino" misteriosamente unido a la personalidad humana, los católicos, en cambio, le proclaman Hijo de Dios por naturaleza y verdadero Dios.

Esta creencia, la hallamos ya en los orígenes del cristianismo. Los protestantes liberales y los mantenedores de la escuela comparatista moderada habrían querido someterla, ya a la acción de san Pablo ya a la influencia de los misterios heleno-paganos; mas, a pesar de su disimulo y de una afluencia insensata de erudición, sus esfuerzos de nada les han servido.

Cuestionábase a la sazón en las ciudades
Acerca de algo increíble...

V. Hugo

Que Jesús se situó *fuera y por encima de la humanidad*, por encima hasta de los mayores personajes venerados de parte de Israel, todos lo reconocen sin dificultad alguna. Paga el didracma cuando se le ruega que satisfaga la tasa anual para el servicio del Templo; paga, porque se propone no escandalizar a los recaudadores, mas afirma al propio tiempo que él no adeuda ese tributo, y así se separa de los demás judíos (Matth. XVII, 24-27). ¿Qué relación guardan con él los doctores en Israel? Simples relatores de la tradición, apo-

yan sus decires en la ciencia y el renombre de un maestro — mientras que Cristo habla con autoridad, aporta a la Ley interpretaciones nuevas y la completa (V, 22, 28, 32, 34, 39, 44). Su crédito deja atrás al de Jonás quien convirtió a Nínive, su alta sabiduría va más allá que la de Salomón (XII, 41-42). Elías y Moisés aparecen humildemente a su lado sobre la montaña de la transfiguración (XVII, 1-13). Entre él y Juan Bautista, el mayor entre los hijos de los hombres, superior a todos los profetas, hay la distancia que media entre el maestro y el siervo indigno de desatar su calzado, la distancia que separa al rey del heraldo al que él envía para allanar los caminos (XI, 9-11).

¿Quién es, pues, este ser excepcional? “Esta cuestión, dice un incrédulo, M. Wernle, ocupa a los hombres de nuestra época más poderosamente que a ninguna otra generación.” Y aun, según él, sólo han podido resolverla yendo más allá de la cristología tradicional. Durante cerca de dos mil años, la cristiandad habíase olvidado de lo que ha sido y de lo que ha querido Jesús. “Mas hoy estas verdades brillan para nosotros de nuevo a través de los evangelios, tan claramente y maravillosamente como si el sol acabara tan sólo de levantarse, y cual si despidiera ahuyentándoles, mediante sus rayos victoriosos, todos los fantasmas y todas las sombras de la noche”.¹

— El sol con rayos victoriosos simboliza entre

I

LOS HETERODOXOS

principalmente,

LA EXEGESIS CRÍTICA Y LA TEOLOGÍA LIBERAL.

SI CRISTO RECLAMA UN LUGAR APARTE EN LA HU-

¹ *Die Quellen des Lebens Jesu*, p. I y p. 86.

MANIDAD, UN LUGAR QUE LE DISTINGUE Y LE ELEVA COMO SOBRE UN PINÁCULO POR ENCIMA DE LAS CRIATURAS, NO ES PORQUE SEA DIOS — enseñan sus adeptos. Ciertamente que no. Manteniendo por medio de una vida toda santa un comercio íntimo con su Padre del cielo, SE SENTÍA ÉL HIJO DE DIOS POR ANTONOMASIA, Y ESTA ES LA VERDAD. Experimentaba lo divino, la mira que llevaba en su interior le enseñaba lo que debe ser la piedad perfecta, y he ahí el hombre-tipo definitivo, el inaccesible ideal del alma religiosa.¹

No bien se trata de entrar en pormenores, de explicar esta misteriosa conciencia de Jesús, nuestros adversarios no están de acuerdo entre ellos mismos. Según RENÁN, una sensibilidad exquisita preparaba a Cristo para todas las autosugestiones — que vinieron luego a reforzar la lectura de las profecías, un fácil éxito provechoso entre la masa de los judíos, a pesar de la oposición solapada y dañina de los fariseos.

SABATIER, el padre del modernismo en Francia, protesta contra la injuriosa hipótesis de una ilusión. Tiene al Maestro por un rabbi iniciador, excitador de cosas religiosas, por un profeta también, inspirado en un grado superior y sublime, mas como lo fueron los grandes genios y los grandes conductores de hombres; tan tiernamente filial, tan limpio era su corazón que el Corazón paternal de Dios ha podido reflejarse allí de una manera completa, provocando así efusiones entusiastas de orden místico, suscitando una fuerza y un ardor capaces de cambiar el mundo.

HARNACK, el más célebre teólogo liberal de la Alemania contemporánea, y a quien gustamos citar porque

¹ No se nos eche en cara lo abreviado de estas líneas y véase en el *Dict. de Théol. cath.* fasc. LXIV art. de M. Michel, col. 1371-1382, o en el *Dict. Apolog.*, fasc. XI, art. del P. de Grandmaison, col. 1367-1374 cómo los protestantes liberales y los racionalistas, que concuerdan en negar la trascendencia divina de Jesús, no se entienden entre sí cuando les es preciso determinar su trascendencia relativa. Los primeros gustan de ensalzar la perfección definitiva que nadie igualará del Salvador; los segundos ponen de relieve sus diferentes rasgos humanos. Mas el racionalismo liberal tiende a confundirse con el comparatismo: sus teorías no tienen, a fin de cuentas, sino un interés retrospectivo.

su franqueza le aproxima a las posiciones ortodoxas, aunque el prejuicio filosófico le retiene en la incredulidad, Harnack lo admite sin reticencia: "Jesús estaba convencido que conocía a Dios como nadie antes de él lo había conocido, y sabía que su misión consistía en comunicar a los demás, por medio de sus palabras y de sus acciones, el conocimiento de Dios, y por consecuencia hacerles hijos de Dios. Poseyendo esta conciencia, se consideraba como el Hijo de Dios, y por ello podía decir: ¡Mi Dios y mi Padre!, y en esta invocación hacía entrar algo que no convenía sino a él solo."¹ Nada de divino, sin embargo, entraba ahí, en el sentido objetivo y real de la palabra: ello sería añadir al Evangelio. Esto no impide que en este hombre maravilloso (es él el camino que conduce al Padre, es él el Elegido de Dios y por lo tanto el Juez supremo), lo Divino haya aparecido tan puro como puede aparecer sobre la tierra. Los que quieren, pues, ser salvados creerán lo que dice el Hijo.²

Otros críticos liberales, WEISZAECKER por ejemplo, opinan que Jesús, gracias a este conocimiento y a este amor que tenía de Dios-Padre, se sabía evidentemente un legado divino. WERNLE y HOLTZMANN llegan hasta llamarle Mesías.³

LOISY, antiguo vulgarizador del liberalismo teológico, racionalista también, escatologista en primer tér-

1 *L'Essence du Christianisme*, p. 138. — "En Jesús la conciencia de ser el Hijo de Dios no es otra cosa que el conocimiento práctico del conocimiento de Dios como el Padre y como su Padre. Bien comprendido, el conocimiento de Dios es todo el contenido del Hijo de Dios".

2 No es indispensable creer en el Hijo. Uno percibe ahí, dice el P. De Grandmaison, a esa vaporosa filosofía ritzchliana, que cree poder echar mano de las cosas y de los hombres sin declararse en pro ni en contra, hasta sin empeñar su palabra a fondo acerca del valor real de esas mismas objetividades; que, para siempre desalentada en lo que se refiere a las certezas racionales, heredera a través del criticismo Kantiano, de la vieja desconfianza luterana con respecto a la inteligencia aplicada a las cosas de la fe, mira de suplir con afirmaciones sentimentales y precarias, juicios subjetivos; interesados, llamados: "juicios de valor" (werturteile). Poco importa, dicen, lo que Jesús realmente hizo, si tiene ello para mí el valor religioso decisivo.

3 Véase más adelante cuáles son las relaciones que existen, en el pensamiento de los pueblos semitas, entre el título de "Hijo de Dios" y las cualidades de "legado divino" y de "Mesías".

mino, le atribuye esta conciencia mesiánica, mas por un motivo diametralmente opuesto: Jesús se habría creído Mesías, porque él era Hijo de David en el tiempo en que se esperaba el salvador de Israel; y, a través de la visión de SCHWEITZER y de J. WEISS, el profesor del Colegio de Francia no ve desde entonces en Jesús sino un pobre iluminado, — profeta de tristes nuevas que se creyó con la misión de preparar al mundo a su destrucción próxima.¹

Averiguaremos muy en breve si tales teorías, por ingeniosas que sean, subsisten frente a los hechos.

1. Nos contentaremos aquí con observar solamente que sistemas que se contradicen y se oponen sin cesar, no pueden imponerse a la razón, a la que extravían. Loisy lo ha comprendido, y sus declaraciones dan al traste de una manera muy chistosa con el optimismo de WERNLE. “Está uno sobradamente tentado de pensar, dice, que la teología contemporánea — excepción hecha en favor de los católicos romanos, para quienes la ortodoxia tradicional tiene siempre fuerza de ley — es una verdadera torre de Babel, en donde la confusión de las ideas es aún mayor que la diversidad de las lenguas.”²

2. Luego, recuérdese el discurso del sucesor de RENÁN en la Academia Francesa. “Los sabios, decía M. Challemel-Lacour, reprocharon a la “Vida de Jesús” el no ser científica.”³ Pidieron cuenta al autor de

1 La divinidad de Cristo “es un dogma que se ha fortalecido en la conciencia cristiana, existía solamente en germen en la noción del Mesías Hijo de Dios”. *Autour d'un petit livre*, p. 147.

2 *Jésus et la tradition apostolique evangelique*, p. 164.

3 M. Couchoud hace chacota cruelmente del “Armonioso sileno que con su flauta divina ha modulado la Vida de Jesús”,... del pintor que ha tomado modelo de Mahoma, del san Francisco de Asis de Ozanam y Lamennais, el gigante sombrío. “Bajo los pliegues de su blanco albornoz, el Jesús de Renán está admirablemente al corriente de las cuestiones morales y políticas del siglo XIX... está al nivel con los más aventajados parisinos de 1863... Panteísta con elegancia, hegeliano, idealista cumplido. Enemigo de los sacerdotes, apóstol del culto puro y de la religión desasida de toda forma exterior, delicioso particularmente, exquisito, rodeado de sufragios femeninos, lleno de aristocrática indiferencia, dado sin embargo a relaciones delicadas. Cuando, después de una larga espera, el autor de un solo golpe corrió el velo de su cuadro, lo resumió todo en una frase: “Empero, ¡este no es otro que el mismísimo M. Renán!” o. c. pp. 62-63.

las libertades que había tomado con ciertos documentos... Le requirieron sobre todo con qué derecho los había despedazado en mil trozos para ajustarlos a su plan y para componer, como en un jarro de flores, la figura que había imaginado". Racionalistas y Liberales precisamente entran a saco según que les viene en talante, fantásticamente o a su capricho, en el texto evangélico. Ellos también le destrozan en mil pedazos, eligen algunas pedazos que califican no se sabe por qué de primitivos, y los agrupan según la idea particular que se han formado. Pregúntase uno aquí, para hacer uso nuevamente de una palabra del mismo Challemel-Lacour, si estos procedimientos novelescos tienen razón de ser en la más grave de todas las historias.

Siempre acontece que entre

LOS PAGANOS, LOS MUSULMANES Y LA TURBA DE LOS JUDÍOS

MUCHOS ACOGEN LAS TESIS RACIONALISTAS Y LIBERALES, que representan a sus ojos la cultura europea. Hindos, Chinos y Japoneses se hacen eco de las mismas, confiadamente, SIN LA MENOR LIBERTAD DE ESPÍRITU, NI EXIGENCIAS CRÍTICAS DE NINGUNA CLASE.

En general, los Mahometanos se muestran más circunspectos. El Corán tiene a Jesús por el penúltimo de los profetas; concebido por obra del Espíritu Santo, dió a los hombres el ejemplo de una santidad maravillosa. Más tarde, ciertas escuelas místicas han hecho hincapié sobre esos hechos y proclamado a Jesús el primero de los santos, sin dañar con todo al fundador del Islamismo, a quien llaman el primero de los profetas, y en Medina, cerca de la tumba de Mahoma, hay una tumba vacía destinada al Maestro galileo cuyo regreso muchos esperan.

En cuanto a los hijos de Israel, la clase selecta deja para el pueblo ignorante y para los teósofos a

quienes ilumina el genio de Ana Besant, las leyendas tardías y blasfematorias de los Toledoth, ben Pandira, ben Stada.¹ Ella considera a Cristo como a un sabio, como a un profeta esenio o que admitía algunas prácticas del esenismo; mal inspirado, por cierto, en la elección de los medios, pero pretendiendo un fin superior; condenado, en fin, y sentenciado a muerte injustamente porque se había arrogado un poder espiritual en presencia de los representantes del legalismo. “Jesús, dirá aún M. Montefiore, Jesús fué un profeta, SUCESOR AUTÉNTICO DE LOS ANTIGUOS PROFETAS, sobre todo de los grandes profetas de antes del destierro: Amós, Oseas, Isaías.” “Se sentía él inspirado de Dios, como los profetas del pasado.” Sin embargo “su creencia en el fin de las cosas le impidió probablemente creerse, durante su vida, verdadero Mesías”. Sea lo que fuere, “el espíritu de Jesús le sobrevive, y posee una virtud que nadie, los Israelitas menos que los demás, puede descuidar sin quebranto. Porque este espíritu lleva los rasgos característicos del genio. Es sublime, estimulante, heroico...”.

— Este respeto, esta veneración,

LOS ANGLICANOS Y LOS PROTESTANTES CONSERVADORES

lo acentúan todavía más. Cuando menos, TIENEN A CRISTO POR UN HOMBRE DIVINIZADO, mas no saben apenas como explicar en él la función del “elemento divino” y de la personalidad humana.

Esta, según SEEBERG, subsiste mientras que una suerte “de idea-fuerza” viene a invadirle, le eleva a la dignidad de órgano celeste y le une de tal manera

¹ “Leyenda burlesca y obscena”, ha dicho Renán. Y el protestante Arnold Meyer: “Una explosión de bajo fanatismo, de sarcasmo rencoroso y de fantasía grosera.” El lector nos dispensará que no insistamos. Cfr. De Grandmaison, o. c. col. 1296-1297. Fillion, *Vie de N. S. J. C.* t. I, páginas 19-20.

a la Voluntad suprema que la vida de Jesús no hace más que una sola cosa con ella.

Loofs defiende una hipótesis análoga: la persona histórica del Maestro fué enriquecida y transformada por una "inhabitación" de Dios excepcional, nunca igualada, que le ha transformado en "Hijo de Dios" y consiguientemente en el iniciador de una humanidad nueva.

Muchos se aproximan a la cristología tradicional. SANDAY piensa que el dogma de las dos naturalezas distintas y de la unidad de persona era en otro tiempo indispensable, mas se halla hoy substituído ventajosamente. *La unión divina se habría obrado en la subconciencia del Maestro*, luego, diferentes presentimientos, modos de ver parciales se le habrían poco a poco manifestado a su conciencia clara, superficial, pero que es puramente la de un hombre.

GORE acepta hasta las definiciones de los concilios de Efeso y de Calcedonia, cree que el *Verbo encarnándose ha renunciado a la ubicuidad, a la omniscencia y a algunos otros atributos divinos*, pero conservando al propio tiempo las perfecciones divinas radicales y esenciales de su personalidad, más secretas, menos exteriores si puede así decirse. Es la teoría acerca de la persona de Jesús, que hoy cuenta con mayor número de partidarios: la Kenosis.¹ Los unos la llevan hasta los extremos, la enuncian otros de una manera variada, todos se indisponen con la razón cristiana.²

1 Del griego ἐκένωσεν ἑαυτὸν (Philipp. II 7) = Se despojó literalmente se vació a sí mismo. II Cor. VIII 9, que traducimos así: "...de rico que era (como Dios) vino a ser pobre (como hombre)", recibe sin motivo entre los partidarios de la Kenosis, la interpretación siguiente: "vino a ser pobre (como Dios). Cfr. Prat, *La Théologie de S. Paul*, t. II, pp. 239-242.

2 Fundan su sistema sobre una falsa idea de la personalidad (cfr. Prat, o. c.) y desconocen la simplicidad y la indivisibilidad de la naturaleza divina, cuyos atributos no se distinguen realmente de ella misma: despojarse de uno de ellos (suponiendo la cosa posible) sería cesar de ser lo que ella es... Vienen a dar, por otra parte, en una contradicción evidente: un Dios que cambia aún cuando sea esencialmente inmutable. Así, Loofs ha escrito: "Todas las teorías que levantamos, pobres hombres, acerca de la Encarnación divina son deficientes; mas de todas la más deficiente es la moderna teoría de la Kenosis". Citado por el P. De Grandmaison.

Salvo, pues, la mayor parte de los anglicanos y algunos luteranos y calvinistas conservadores, los protestantes, historiadores de los orígenes cristianos, profesan la divinidad presente en Cristo antes que la divinidad de Cristo; veneran un hombre divinizado mejor que no a un Dios hecho hombre.¹ Así, sin quererlo tal vez, son tributarios del racionalismo.² Porque “*el elemento divino*” que se dignan todavía atribuir al fundador del Cristianismo, se distingue apenas del elemento “*profético*” o “*más que profético*” de que hablan los teólogos liberales. Tan vaporoso es y tan flotante; en lugar de explicar el misterio de Jesús, le suprime. Sin embargo nos es necesario tener ideas precisas, fórmulas claras: pidámoselas a los católicos.

II

LOS CATOLICOS

Recuérdese la alternativa que planteaba Augusto Sabatier. “¿Jesús no es sino un hombre? En tal caso por grande que se le haga, el Cristianismo pierde su carácter de absoluta verdad y viene a ser una filosofía. Si Jesús es el Hijo de Dios, el Cristianismo permanece siendo una revelación.” Y el célebre modernista, joven en aquel entonces, añadía: “Acerca de este punto capital, después de largas y serias reflexiones, me he puesto del lado de los apóstoles. Yo creo y confieso, con san Pedro, que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo.”³

He aquí que los hijos de la Iglesia, veinte siglos hace

¹ No hay apenas un teólogo protestante instruido—no conozco uno solo en Alemania—que defienda la cristología en su forma pura.” Loofs. *What is the Truth about Jesus Christ?* 1913, p. 183.

² Hasta no pocos cristianos, manteniendo el dogma del Hombre-Dios, rózanse con la idea de un hombre simplemente divino, lo que es la disolución del cristianismo y un subrepticio retorno a las ideas greco-romanas.” Couchoud, *o. c.* p. 111.

³ Citado por el P. De Grandmaison.

repiten esta misma confesión antes de ser admitidos a los honores de la iniciación cristiana, a la indispensable ceremonia del Bautismo. La experiencia cotidiana, las obras litúrgicas cuya historia seguimos a través de las centurias y en todos los países, los más antiguos libros del Nuevo Testamento: los Hechos de los Apóstoles (II, 38-39, VIII, 12, 13, VIII, 27, 30, X, 38, 48, XIX, 2, 13, XXII, 16) y las Epístolas de san Pablo (Eph. II, 20, 35, I Cor VI, II, I, 12-13, Tit. III, 4-6, Rom. VI, 3, Galat. III, 28) atestiguan de una manera indudable este hecho y su perpetuidad.

LA DIVINIDAD DE CRISTO EN LA IGLESIA NACIENTE

LA CATEQUESIS PRIMITIVA

A partir del día de Pentecostés, Pedro, los Doce y los discípulos enseñan la divinidad de Cristo a los habitantes de Jerusalén y de Palestina. Jesús, dicen, es un hombre justo y santo; ungido por Dios del Espíritu Santo y de poder, iba de aquí para allí, haciendo el bien y curando a todos los poseídos del diablo, por cuanto Dios estaba con él (Act. X, 36); Dios le ha rendido testimonio, obrando por él prodigios, milagros y portentos (II, 22); le ha resucitado de entre los muertos (III, 15-2, IV, 10, V, 30, X, 40, XIII, 32, 35) y le ha hecho Señor y Cristo (II, 36).

Sin duda, necesario es reconocer en estas palabras, en primer término, una afirmación de la Mesianidad de Jesús, porque dirigiéndose a Judíos no creyentes, los ministros de la palabra debían, para no retraerles, a ejemplo del Maestro,¹ adaptarse al monoteísmo de Israel y estimularles, para satisfacer la esperanza mesiánica. Mas ved en cuán alto grado este mesianismo se

1 Cfr. la revelación progresiva que Cristo ha hecho de su mesianidad, de su identificación con el siervo de Jahvé, de su divinidad, así como la interpretación dada a los solos discípulos de las parábolas que decía a todos.

resuelve de conformidad con los datos tradicionales. Se substituye Cristo a Dios mismo. El don de la Salvación que, según el Antiguo Testamento, dependía de Jahvé, Jesús, autor o principio de la vida sobrenatural (Act. II, 14-15), lo otorga al presente con autoridad personal (IX, 12, V, 29, 32, XIII, 23, 39, XV, 11). En su nombre, el hombre realiza milagros (III, 6, 16, IV, 10, IX, 34, XVI, 13, 14), obtiene hasta la remisión de sus pecados (X, 43). Vivos y muertos resurgen ante su tribunal (II, 29, 34, X, 42, XVII, 31). Es él el Señor de todos (X, 36). Sentado a la derecha de Dios (II, 34, 36, VII, 33, 57), él envía al Espíritu Santo (II, 33)¹

—Si observamos ahora

LA VIDA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS,

a) el régimen interior de la IGLESIA DE PALESTINA donde la fe se expresaba al descubierto, vemos de qué modo los jefes consideran a Cristo como el dispensador de la vida sobrenatural, ὁ ἀρχηγός τῆς ζωῆς, como una persona siempre presente que dirige a la comunidad.

¹ "Con todo, si se considera en sus discursos las relaciones de Cristo con Dios, se advierte sobre todo una relación de dependencia. Muchos críticos parten de ahí para interpretar toda esta cristología en un sentido adopcionista: según S. Pedro y S. Pablo, si no según el autor de los Hechos, Jesús no habría sido constituido Cristo y Señor sino por su resurrección. Esta exégesis desconoce lo que hay de más cierto en la fe de S. Pablo como en la de S. Pedro: ya durante su vida terrestre Jesús era Cristo, mas su resurrección ha sido la prueba decisiva y la manifestación suprema de su dignidad mesiánica, y al mismo tiempo de su filiación divina; la palabra profética "tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy", ha sido aplicada por S. Pablo (XIII, 33) a la resurrección; habíase ya oído un eco en la Transfiguración y en el Bautismo: estas grandes datas no señalan el origen de la filiación, sino su manifestación progresiva" Lebreton. *Les Origines du dogme de la Trinité*, pp. 262-263.

Por otra parte, no es necesario juzgar de la fe de la Iglesia primitiva solamente por las fórmulas que la traducen, porque estas fórmulas no expresaban sino incompletamente las creencias de los discípulos de Cristo. Los apóstoles, estos pescadores de Galilea convertidos en misioneros del Evangelio, no se preocupaban por hallar para su fe una expresión perfecta. Querían hacer comprender lo que su Maestro era para ellos, y se servían al efecto de nociones comunes en su medio ambiente, como Jesús se había servido, pero les daban un sentido más profundo, y por otra parte su actitud moral, su vida religiosa, acababan de revelar lo que su lenguaje era impotente para expresar". *Où en est l'histoire des religions?* t. II, L. Venard. *Les Origines chrétiennes*, p. 203. — Cfr. las notas de la p. 317.

sosegando los temores de Ananías, los escrúpulos de Pedro, ciertas perplejidades de Pablo (Act. IX, 10, X, 9 s. s., XI, 5 s. s., XXII, 18 s. s.)¹ Esteban, para implorarle, emplea los términos mismos con que el Maestro agonizante rogaba a Dios (VII, 58, 59). El pueblo se dirige igualmente a El en sus plegarias: estos denodados monoteístas le asocian al culto que decretan a Jahvé (Act. XIV, 11, 19); son "*aquellos que invocan su nombre*" (IX, 14; XXII, 6), cuando en los *Setenta la misma fórmula sirve para designar a los Judíos que adoran al Dios de Israel*.²

b) Mas el cielo azul de Oriente abraza villas y ciudades seculares en donde tienen su mansión gentes de un carácter muy acentuado, de una cultura muy especial. Cuán interesante será llevar nuestras investigaciones a otros países. Pasando por Antioquía, centro de la civilización judío-helénica, llegamos a los ilustres santuarios del arte griego, Atenas y Corinto, luego el otro término del Mediterráneo, España, esa frontera de un mundo al que sostienen las columnas de Hércules, y finalmente nos detenemos en la soberbia Roma, capital del mundo civilizado. Casi todo el universo conocido se va a manifestar a nuestros ojos.

Allí donde ponemos el pie, hay misioneros de Cristo: se les halla en las sinagogas, en las plazas públicas, hasta en el seno del Areópago. Anuncian la buena nueva: Jesús de Nazaret, muerto por nosotros bajo Poncio Pi-

1 "He aquí que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo" (Matth. XXVIII, 20): esta promesa suprema de Cristo se realiza desde los primeros días; Jesús vive entre los suyos, les dirige, les anima; sus apariciones tienen el mismo carácter que las teofanías del Antiguo Testamento: el Rey de Israel se manifiesta a sus servidores y les da sus órdenes; les halla frecuentemente vacilantes, como lo estaban los viejos patriarcas, empero su fuerza triunfa de su timidez (Act., IX, 10); les alista, como en otro tiempo a los profetas, en un ministerio que les desconcierta y les atemoriza (X, 9); les arranca, como a Abraham, de su tierra natal y de su pueblo, para hacerles los ascendientes o los mayores de un pueblo innumerable (XXII, 17-21), y parten ellos para esas lejanas campañas venturosas, sin otra fuerza que su palabra". *Recherches de science religieuse*, abril 1924. J. Lebreton. *La prière dans l'Eglise primitive*, p. 99.

2 Cremer. *Worterbuch der neutestamentlichen Gracitat*, p. 552. Citado por Merkelbach. *Jésus Fils de Dieu et ses récents contradicteurs*.

lato y resucitado al tercer día, es el Salvador universal, πάντων κύριος, aquél que perdona los pecados y da también la gracia de llevar una vida nueva. He aquí que, a su llamamiento, un número considerable de hombres piden y reciben el Bautismo. Después, se agrupan en comunidades distintas, se reúnen en ciertos días y saludan con sus himnos (I Tim. III, 16-Rom. XIV, 27),¹ como *un objeto de culto*:

A Aquél que ha sido manifestado en la carne,
Ha sido justificado por el Espíritu,
Ha aparecido a los ángeles,
Ha sido predicado entre las naciones,
Ha sido creído en el mundo,
Ha sido elevado en gloria.

Se les lee las cartas de Pedro, sobre todo.

LAS CARTAS DE PABLO

el incrédulo, el perseguidor convertido en Apóstol a partir de una manifestación de Cristo cuando iba por el camino de Damasco. Oíd, pues, lo que ellas afirman.

Jesús, nacido de mujer, no tiene otro PADRE que Dios (Rom. XV, 6, II, Cor. I, 3, XI, 31, Eph. I, 3, III, 14, Coloss. 13); es el propio Hijo de Dios; quien, habiéndole entregado por todos nosotros, no puede no darnos todo con él (Rom. VIII, 3, 32).

Los NOMBRES particulares de Dios le convienen

¹ Véase también Eph. V, 14. "En el año 113, antiguos Cristianos refirieron a Plinio que antes de su apostasia acostumbraban a reunirse para cantar himnos a Cristo como a Dios: Christo quasi Deo. No era esto una novedad. Uno de los garantes de Eusebio afirma que el uso de componer salmos y odas, en los que el Verbo era celebrado como Dios, remóntase hasta los primeros tiempos (Hist. eccl. V, XXVIII). Esta aserción puede ser comprobada con el testimonio expreso de S. Pablo. "Entreteneos con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y enalteciendo en vuestro corazón al Señor Jesucristo" está reemplazado por "Dios" (Col. III, 16), lo que prueba que los fieles hacían ascender las mismas alabanzas hacia Dios y hacia Cristo". Prat, o. c., t. II, 177-178. Cfr. los artículos citados del P. Lebreton.

Jahvé,¹ aquél que el Ser supremo se atribuye al revelarse un día a Moisés y que significa su esencia inefable: "quienquiera que, dice san Pablo, invocará el nombre del Señor (κύριος hebr. = Jahvé) será hecho salvo" (Joel, II, 32, Rom. X, 13)² y este otro, Adonai, que le designa con un plural de majestad como verdadero soberano del reino teocrático del que los reyes no son en definitiva sino los lugartenientes: en el reino nuevo, Cristo está constituido soberano Señor.³

¡Aún la palabra θεός que reserva él de ordinario a Dios Padre, el Apóstol le aplica algunas veces a Jesús: "Yo anhelaría, exclama, ser anatema lejos de Cristo por mis hermanos. Ellos son Israelitas. Tienen la gloria divina, las alianzas, la Ley, el culto divino y las promesas; tienen los patriarcas, y de ellos ha nacido Cristo en lo que se refiere a la carne, el cual está por encima de todo, Dios bendito por los siglos" (Rom. IX, 5).⁴

1 "El tetragrama inefable, Jahvé, tiene por traducción regular en los Setenta: el Maestro (Kurios). Pablo, sin blasfemia, llama a Jesús: el Maestro. Abre su Biblia griega, lee algun pasaje en donde se ha hablado de Jahvé, y, con la mayor naturalidad del mundo, le aplique a Jesús." Couchoud, *o. c.*, p. 81.

2 La salvación, vinculada en otro tiempo a la invocación del nombre de Jehová, está ahora vinculada a la invocación de Cristo y, para probarlo, Pablo se autoriza con la palabra del profeta. Se sigue, en buena lógica, que a sus ojos Cristo es uno con Jehová. ¿Cómo explicar de otra suerte el discurso que dirige a los ancianos de Efeso: Vigild sobre vosotros y sobre todo el rebaño del que el Espíritu Santo os ha constituido guardianes, para gobernar la Iglesia de Dios que ha adquirido para sí con su propia sangre." Prat, *o. c.*, t. II, p. 175.

3 S. Pablo emplea κύριος ya sin artículo como un nombre propio, ya con el artículo para indicar al Señor por excelencia. Aquí aún aplica a Jesús lo que Isaías (XXVIII, 16) había dicho de Jahvé: Si tú confiesas con tu boca que Jesús es Señor, y si tú crees en tu corazón que Dios le ha resucitado de entre los muertos, tú serás salvado; porque, dice la Escritura, quienquiera que creerá en él, no será confundido (Rom. X 9). Comp. Is. XIV, 23 et Philipp. II, 10-11.

4 Para descartar del debate este texto que embaraza mucho a los racionalistas, menester fuera o bien colocar el punto después de la palabra "carne" y leer: que aquél que está por encima de todo, Dios, sea bendito por los siglos; o bien, poner el punto después de "todo" y leer: que Dios sea bendito por los siglos.

La primera hipótesis es insostenible: Ὁὼν equivale a θεός ἐστιν =que es, y se refiere naturalmente al nombre precedente (cfr. Joan, I, 18, III 13), y por lo tanto a Cristo. Si Pablo había querido puntualizar después de la palabra "carne" y comenzar luego una doxología, debió, según la gramática, o poner en primer término θεός con el artículo y hacer seguir ὁ ὢν ἐπὶ πάντων (cfr. II Cor. IX, 31), o mejor omitir

Mas Pablo no da solamente a su Maestro nombres divinos, le reconoce los ATRIBUTOS y las OPERACIONES incomunicables de la Divinidad.

Del cielo en donde preexistía en la condición de Dios, igual a Dios, Jesús, escribe, descendió sobre la tierra; despojóse aquí de sus prerrogativas tomando la condición de siervo, y remontóse al cielo en donde es el Señor del reino nuevo.¹ “Esta preexistencia “in forma Dei” no es evidentemente una simple preexistencia ideal en el pensamiento de Dios.² Una idea no puede aislarse de la personalidad. En cuanto a una preexistencia, intermediaria entre la real y la ideal, que un exégeta alemán, Holtzmann, llama preexistencia in forma, y que se ha procurado explicar por “una divinidad en potencia, una capacidad de recibir la vida divina, una forma vacía que debe ser llenada y espiritualmente realizada”: ello son otras tantas expresiones nebulosas que

ὄν, y decir simplemente ὁ ἐπὶ πάντων Θεός. Por otra parte, el contexto prueba que la soberanía de Dios no tiene nada que ver aquí; mientras que, si se trata de Cristo, la idea termina, viene como a coronar el enunciado progresivo de las prerrogativas de Israel.

La segunda hipótesis no es que valga más. 34 fórmulas griegas o hebraicas del Antiguo Testamento y todas las doxologías separadas del Nuevo siguen la misma regla gramatical; cuando no se expresa el verbo ser, se pone a la cabeza el atributo, luego el sujeto precedido del artículo.

Dios sea bendito = εὐλογητός ὁ Θεός. Ahora bien, Pablo escribe por el contrario Θεός εὐλογητός; el substantivo carece de artículo y el adjetivo le sigue, sirviéndole de epíteto. La traducción: Bendito sea Dios, es pues evidentemente mala; es necesario leer: Dios bendito, y estas dos palabras así dispuestas no pueden ser, dice Levesque (*Comment S. Paul prouve la divinité de Jésus-Christ*, pp. 11-17), sino una aposición refiriéndose a Cristo que acaba de ser mencionado: el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. — Véase también I Thess. III, 11: Que El, nuestro Dios y Padre y nuestro Maestro Jesús, dirija nuestra ruta hacia vosotros. “El pronombre El y el verbo dirija están en el singular, aún cuando se refieren a la vez a Dios y a Jesús. La sintaxis aquí traiciona el fondo del pensamiento. Jesús es diferente de Dios: es un punto que queda por precisar. Mas si se habla seguido y sin ambages, Jesús es el mismo Dios, Jesús y Dios no constituyen un plural.” Couchoud, *o. c.*, p. 81.

¹ “En cuanto al relato prodigioso del descendimiento y de la ascensión de un ser divino, ello es el fundamento de la teología cristiana”, dice M. Couchoud (*o. c.*, p. 122). Mas la historia sería mítica. — M. Gougel (*o. c.*, pp. 113 ss.) ha refutado esta última aserción.

² Como la que los antiguos rabinos atribuían al Mesías antes de la creación del mundo. Para explicar la tardanza de su aparición, dicen hoy que el Mesías existe ya en alguna parte, en un lugar desconocido, pero que Dios, ateniéndose a secretas razones, le tiene en reserva.

acusan el entorpecimiento de gentes que prefieren el absurdo antes que aceptar la solución cristiana. ¿Cómo una pura capacidad, una forma vacía puede ella renunciarse, despojarse a sí misma? Eso es hablar sin sentido.¹ Por otra parte, aquel que preexiste ¿no es el mismo que, al final de su carrera, será reconocido como Dios: *ui omnis lingua confiteatur ad gloriam Dei Patris, quia Jesus est Dominus?*² Se le reconocerá por lo que es verdaderamente, por lo que nunca ha cesado de ser, aun cuando renunciaba al "aparato divino", por lo que era antes de aparecer en este mundo (Cfr. II Cor. VIII, 9, Rom. XV, 3).

Además de esto, Pablo atribuye a Jesús una intervención en la creación del universo. En el curso de una exposición contra la idolatría, "Para nosotros, escribe de paso, no hay sino un solo Dios, θεός, el Padre, de quien todo viene y quien nos ha hecho para él, y un solo Señor = κύριος, por quien son todas las cosas y nosotros mismos para él" (I Cor. VIII, 4). "El es, dice en otro lugar, la imagen de Dios, el invisible, nacido antes de toda criatura³ porque es en él que han sido creadas todas las cosas,⁴ aquellas que están en los cielos y aquellas que están sobre la tierra, las invisibles y las visibles... Todo por él y para él ha sido creado. Y él es ante todas las cosas y todas las cosas subsisten en él" (Col. I, 15-17).

1 Levesque, *o. c.*, p. 20.

2 No hay razón para traducir: que el Señor Jesucristo ha entrado en la gloria de su Padre. El verbo entrar no está ni expresado ni por suplir. Gramaticalmente el verbo no estando expresado, la palabra κύριος, colocada al frente, debe ser el atributo. "Que toda lengua confiese, a la gloria del Padre, que Jesucristo es el Señor". Levesque.

3 "Es absolutamente imposible que esta expresión quiera decir: primogénito de entre las criaturas; la misma significa, pues, nacido antes de toda criatura: lo que implica primeramente que Cristo no ha de ser colocado en la categoría de los seres creados; en segundo lugar que posee un modo de existencia superior y anterior a todo ser creado. Para que no quede equívoco Pablo se comenta a sí mismo diciendo que Cristo es antes de todas las cosas; y da esta razón que todo ha sido creado por él y para él. Como es necesario ser antes que obrar, la consecuencia es evidente." Prat, *o. c.*, t. II, pp. 168-169.

4 Ellos son casi los mismos términos que los del cuarto evangelio: In principio erat verbum... Omnia per ipsum facta sunt (I, 3).

¿Cómo, pues? El versículo 9.º del segundo capítulo nos lo revela: toda la plenitud de la divinidad habita en él corporalmente. En su cuerpo glorificado, no hay solamente la θεϊότης, la divinidad, lo que podría entenderse de una iluminación o de una virtud divina que habría descendido sobre Cristo, sino la θεότης, la deidad, digamos la palabra propia, la naturaleza divina.

No se podría, pues, sostener con Guignebert, profesor en la Sorbona,¹ que “la afirmación de la divinidad de Jesucristo no se encuentra realmente en el Nuevo Testamento. “Esta creencia, responde M. Couchoud, bajo una forma arcaica, mas no atenuada, llena los primeros documentos que hablan de Jesús: las cartas de Pablo. Pablo no es el biógrafo de un sabio y de un mártir, es el apóstol de un Hombre-Dios. Y los evangelios mantiéñense sumergidos en la teología de Pablo y en los ardientes efluvios del culto cristiano. Los poetas (?) que los han compuesto, los auditorios apasionados que los han escuchado, han pensado narrar y escuchar no la vida de un santo, sino la historia de un Hombre-Dios, de la cual dependía su salvación”.²

—A pesar de esto, la cuestión no está aún resuelta: se ponen en tela de juicio los orígenes del dogma.

LOS ORIGENES DEL DOGMA

Todos aquellos que no quieren admitir ni la encarnación de Dios ni la revelación divina de misterios, se apoderan de nuestros textos mismos, y mostrando con el dedo a su autor, Pablo, el convertido del camino de Damasco, el genial Misionero cristiano, el más activo asimismo: ahí le tenéis, exclaman, a aquél que puso la aureola sobre la cabeza de Jesús...

Sin embargo, cuando se trata de establecer esta tesis, se dividen en dos campos y presentan razones muy

¹ *Modernisme et tradition catholique*, p. 118.

² *O. c.*, pp. 109-110.

diferentes según que pertenezcan a la escuela liberal o a la escuela comparatista moderada.

A.

LA ESCUELA LIBERAL

El ministerio de Cristo produjo, nos dice ésta, una viva impresión sobre muchos judíos, sus contemporáneos, y no menos la presencia invisible que éstos acabaron por atribuirle después de su muerte. De ahí se originó muy pronto entre los fieles, un doble proceso de divinización. El primero, partiendo de una cristología adopciana,¹ vino a dar en el ebionismo. El segundo—que es el que nos interesa sobre todo—hizo triunfar en Nicea, con el término *ὁμοούσιος*, la cristología pneumática.²

Ahora bien, creyendo que el Crucificado del Calvario era el Mesías, la comunidad primitiva esperaba la parousia gloriosa: tenía entonces la fe de Jesús mas no todavía fe en Jesús. Sobrevino Pablo, quien le dió esta fe: especulaciones rabínicas y ciertas ideas desparrahadas en los pasajes o ambientes helénicos, le llevaron a divinizar a su Maestro y a subordinarle a Dios Padre. San Juan, el cantor del Logos, puso remate a su

1 Jesús es el hijo adoptivo de Dios, un hombre en el cual Dios mora en virtud de una complacencia especial, en virtud de privilegios particulares.—Esta filiación, en el sentido moral, estaría afirmada por los relatos del Bautismo y de la Resurrección como por los discursos de Pedro que nos han conservado los "Hechos de los Apóstoles". Nuestro párrafo "La vida de los primeros fieles" da acerca de este tema las explicaciones indispensables. Según la escuela liberal, el evangelio de la infancia, especialmente Luc. I, 35, señala un progreso de la evolución cristológica: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti... y por ello el niño nacido será santo, será llamado Hijo de Dios"; se trataría aquí de una filiación en el sentido físico, término de una acción divina. Léase allá arriba, después del comentario del P. Lagrange, el penetrante capítulo de los "Estudios" del P. Rose.

2 Jesús es un ser celeste que vino a la tierra para cumplir una obra salvadora, luego, volvióse al cielo.—He ahí, dice la escuela liberal, la linde de la evolución cristológica, la filiación divina en el sentido transcendente, tal cual la han anunciado el Apóstol Pablo y el cuarto evangelio.—"A modo de una construcción salida de la mollera, la tesis racionalista estaría bastante bien combinada, repone con prontitud y viveza M. el canónigo Van Crombrughe; como conclusión de historiador, es ella insostenible." Esperamos demostrarlo.

obra.—Tenemos, pues, dos Evangelios: el de Jesús, quien predicó a los hombres la paternidad divina; y la buena nueva de que Jesús es el Cristo, el *χρῆστος*. El primero solo debe ser tenido como auténtico.¹

—¿Estas pruebas encierran algún valor? No, en modo alguno, porque:

I. **La hipótesis de la idealización progresiva de Cristo es del todo inverosímil en un ambiente mono-teísta**, aun impregnado de helenismo. Jamás, desde el tiempo de los Macabeos, los Judíos consintieron en establecer en favor de los emperadores los honores divinos que la adulación oriental, o, más tarde, la lisonja de los Romanos degenerados reclamaron para sus emperadores.² La adoración de un hombre era a sus ojos una abominación tal que el Estado debió finalmente dispensarles de ello. Bajo el poder de Pilato, la entrada en Jerusalén de las tropas, llevando la imagen de los Césares, había provocado una sedición tan larga y tan violenta que Vitelio, pasando más tarde de Antioquía a Petra, prefirió imponer a las legiones un largo rodeo antes que atravesar la Palestina (Ant. Jud. XVIII, 3, 1, 5, 3). Petronio, gobernador de Siria, no osó hacer pasar los umbrales del Templo a la estatua de Calígula (ibid. XVIII, 8). Y los cristianos manifestaron una intransigencia a lo menos igual. ¿No pagaron muchas veces con su sangre la invencible repulsión que manifestaron por el Templo de los Augustos, el trono de Satanás, y la denegación de conceder al emperador lo que llamaban ellos la adoración de la Bestia?³

1 Apuntamos solamente las grandes líneas del cuadro, en primer término porque el estudio de los pormenores concierne a las obras especiales, y luego porque la escuela liberal parece con toda verdad que está a punto de fenecer.

2 Los judíos honraban al emperador, empero se hubieran hecho desmenuzar hasta el último aliento, antes de confesar a flor de labio que el emperador fuera un dios. Se habrían hecho despedazar del mismo modo, si hubiera sido menester decirlo del propio Moisés." Couchoud, o. c., p. 84.

3 Era frívolo oponerse hasta el martirio a la apoteosis del emperador, para substituirle allí por la de uno de sus súbditos." Couchoud, o. c., p. 113.

No se concibe apenas cómo su tradicional y tan profundo horror se habría de repente mudado en veneración suprema con respecto a *un Judío rechazado por los príncipes del pueblo y suspendido de un leño infame*, en una adoración y un amor del que carecían en grado superlativo los paganos de esta época¹ y cuya expresión teórica se afirma y se desarrolla, en los judíos cristianos, sin mengua del monoteísmo, y sin amenguar su rigor.²

Semejante revolución³ no hubiera podido verificarse en el término de quince a veinte años que separan de la muerte de Cristo las epístolas paulinas.⁴ M. Wernle lo atestigua así: "es absolutamente prodigioso que en tan breve tiempo el Jesús histórico haya sufrido esa transformación colosal".⁵ Más clarividente, la escuela religionista confesaría que esta transformación es imposible, enteramente imposible; esta escuela defiende

1 Cfr. Lebreton, *o. c.*, pp. 5-6. La observación no concierne evidentemente, sino a la piedad de los cristianos procedentes del paganismo y mezclados con los Judíos.

2 "No es ello un simple sentimiento de fidelidad y de admiración el que puede explicar el origen de esta doctrina; si Jesús no había sido sino el iniciador de un movimiento religioso, y en modo alguno el revelador de un misterio, nunca sus discípulos habrían traducido sus emociones religiosas en creencias tan nuevas, tan desconcertantes y, al mismo tiempo, tan coherentes y tan altas..."

Puede afirmarse sin temor lo que sigue: no es tampoco la especulación la que ha llevado hasta ahí a los cristianos; si hubieran sido filósofos en vez de ser discípulos de Jesús, habrían elaborado su dogma según las categorías familiares a sus contemporáneos: habrían hecho de Cristo uno de esos seres intermediarios, que la gnosis judía o griega multiplicaba entre el hombre y Dios; le habrían colocado en alguna de esas series siempre abiertas de eones, de semi-dioses, de potencias; y sin transformar su fe, sin violentar su filosofía, porque no eran filósofos, sino creyentes, porque menospreciaban la gnosis, mas adheríanse a su Maestro, y porque esta fe en Jesús les llevaba, más allá de las especulaciones y de los sueños de los hombres, hasta la verdad divina." Lebreton, *o. c.*, p. XXIII.

3 "En todo caso una deificación, en un ambiente judío, aún en tiempo de la Dispersión, permanece siendo un hecho sin ejemplo. Pedro, Pablo, tantos otros, rabinos judíos o profetas, han curado gente lacerada y hecho milagros. Ninguno ha sido mirado como el Cordero que se mantiene sobre el trono de Jahvé. Teudas, el Egipto, Barkokebas, otros han sido mesías. No se les ha concedido las prerrogativas de un Dios transcendente. El caso de Jesús es único. Para el historiador los casos únicos son siempre enigmas. Si Jesús fué un judío de entre los judíos, lo que ha llegado a ser confunde el espíritu." Couchoud, *o. c.*, pp. 113-114.

4 La primera epístola a los Tesalonicenses pareció en el año 51 según el P. Prat; en 48 ó 49 según M. Harnack.

5 *Die Anfänge unserer Religion*, p. 243.

que el proceso evolutivo comenzó antes del Cristianismo, en un ambiente en el que se hallan otros ejemplos de divinización.

En pocas palabras, estos argumentos nos autorizan¹ a afirmar que los primeros discípulos han debido admitir, *ab initio*, la buena nueva de Jesús = *κύριος*, lo que M. Harnack llama "el evangelio de Cristo"; sin ello, a falta de garantías suficientes, no habrían por otra parte jamás "recibido el evangelio del Padre".

—Segunda observación:

II. El cometido que se atribuye a San Pablo no tiene fundamento alguno en la historia, porque:

aun antes de trabar conocimiento con las cartas paulinianas, los primeros cristianos tenían ya fe en la divinidad de Jesús. De otra suerte, el Apóstol *no se habría contentado con exclamaciones rápidas, con alusiones imprevistas, con enseñanzas que surgen como a la ventura de contextos de contraste el más chocante*² que tienen por único objeto simples aplicaciones morales. Habría dado, evidentemente, una exposición completa y presentado su doctrina cristológica en una de esas amplias síntesis de que tanto gustaba el que fué el primero en fijar por escrito la fe cristiana.

Y no se objete que había tal vez, antes, inculcado

¹ Demos una vez más la palabra a M. Couchoud, sepulturero de los escombros liberales.

^{1.º} "La novedad religiosa que Pablo ha propagado desde Jerusalén, a la redonda, hasta el Ilírico (Rom. XV, 19), no es el culto de un hombre. No hubiera sido muy escuchado. Un muerto divinizado, por grande que sea, no es propio para interesar violentamente a aquellos que no son sus congéneres. Desligado de su grupo de origen, se extingue rápidamente su colorido local y pierde su prestigio", p. 87.

^{2.º} Es fácil distinguir un Dios humanizado de un muerto divinizado. El culto de Jesús no tiene nada de funerario", p. 90.

² El P. Prat lo hace observar a propósito de Philipp. II, 5-11: "Uno queda pasmado de dar con esa doctrina sublime dejada caer como de paso, en un trozo parenético, sin secreta idea de controversia, como si se tratara de un dogma vulgarizado, desde mucho tiempo conocido y creído de todos, que basta recordar para sentar la base de una exhortación moral: hecho desconcertante en verdad y enteramente inexplicable, si no se supone que la preexistencia de Cristo y la unión en su persona de la divinidad y de la humanidad formaban parte de la catequesis apostólica, y pertenecían a aquellos artículos elementales que ningún cristiano debía ignorar." *o. c.*, I, p. 439.

sus ideas de viva voz. No importa. Cuando se dirige a la comunidad de Roma a la que ni había fundado ni evangelizado, mas a la que han formado otros en la doctrina evangélica, habla de Cristo en los mismos términos con que lo hace a los Corintios y a los Gálatas: la confesión de Jesús Señor le parece en todas partes recibida como un compendio del evangelio (Rom. X, 9-10, Cfr. V, 3).

Por lo demás, no hay que decir que los fieles susceptibles que importunaban a Pablo con sus impertinencias acerca de las observaciones legales, habrían vivamente protestado contra innovaciones dogmáticas, inauditas, que olían a paganismo; ahora bien, *no vemos en parte alguna que la cristología pauliniana haya sido contradicha*. Estudiando la epístola a los Romanos y la fe que ella supone en la divinidad de Cristo, "no hay nada tan maravilloso en la historia del pensamiento humano, escribe M. Sanday, como la senda silenciosa e imperceptible por la cual esta doctrina, para nosotros tan difícil, tomó cuerpo y espacio, sin lucha y sin controversia, entre las verdades cristianas aceptadas".

III. Los hechos alegados por nuestros adversarios no son en modo alguno convincentes.

Parten de este PRINCIPIO que las Epístolas relegan a último término el Reino, el Mesías, la Ley, lo que en la predicación del Maestro ocupa la perspectiva; descuidan los acontecimientos de la vida terrestre del Salvador para dedicar casi toda la atención a su muerte y a su resurrección. De ahí vienen a parar en esta CONSECUENCIA: que existe una oposición formal, irreductible, entre el Evangelio de Pablo y los datos de la tradición apostólica. Pretenden hasta indicar los FACTORES de la mudanza: el Apóstol habría recubierto la catequesis primitiva de enseñanzas adventicias, de ideas extranjeras tomadas bien al judaísmo, bien a la filosofía grie-

ga. Hablaremos en otra parte de las religiones orientales.

A. EL PUNTO DE PARTIDA es malo. Por lo mismo que Pablo no había conocido al Maestro durante su Ministerio en Judea y en Galilea, *no debía como los Doce, atestiguar los hechos y dichos de Jesús*. Testigo de Cristo resucitado que se le había un día manifestado, Pablo continuaba recibiendo la iluminación y experimentando el soberano poder de este Jesús (Act. XVI, 6-7, 9-10, XVIII, 9, XX, 22-23, XXIII, 16), cuya revelación, hecha en el camino de Damasco, le decía que para todos los hombres Jesús era un salvador y un dispensador de la vida divina! Pablo debía sobre todo anunciar la salvación, llevar a judíos y gentiles a participar, por la fe, de la muerte y de la resurrección del Hijo de Dios. Y este deber podía cumplirlo tanto mejor cuanto que se dirigía con preferencia a cristianos ya formados.¹

Sin embargo, no ignora él la tradición histórica acerca del ministerio de Jesús: sus frecuentes alusiones a las palabras del Maestro (I Cor. VII, 10-11, IX, 14, I Thess. IV, 15, Gal. VI, 2, Eph. IV, 20-21, Col. II, 6-7) o a sus actos (Phl. II, 6, Gal. III, 16, IV, 4, Rom. I, 3, I Cor. IX, 5, 15, 15, II Cor. VIII, 9, I Thess. II, 19, etc.), su relato de la cena eucarística (I Cor. XI, 23-26) y de las apariciones del Salvador resucitado (I Cor. XV, 4, 7), dan fe de ello.²

Tampoco desdeña o descuida la doctrina evangélica. Al contrario, la tiene presente y hasta la profundiza. La distinción que traza entre la vida de los fieles aquí

1 El autor de los Hechos, S. Juan en su primera Epístola, Pedro, Judas y Santiago, son, por el mismo motivo, tan sobrios en alusiones a la vida terrestre de Jesús.

2 ¿Es menester insistir aún sobre este hecho? Quien vivió en dos ocasiones con Ananías y los cristianos de Damasco (Act. IX, 10-22), quien pasó quince días con Pedro y Santiago (Gal. I, 18-19), quien contó entre sus colaboradores a Marcos (Act. XIII, 5, Col. IV, 11) y Bernabé (Act. XI, 26, XIII, 4; XI, 39) y quien, hecho cautivo, halló a Lucas a su lado (Col. IV, 14, II Tim. IV, 11), no puede tampoco haber ignorado la historia de Cristo, como los familiares de Soult, de Bertrand, de Berthier, la del emperador Napoleón.

en la tierra en Cristo y la vida en el cielo con Cristo, recuerda las dos fases del reino, una preparatoria sobre la tierra, otra que acaba y consuma todas las cosas en el juicio último (Eph. V, 5, I Cor. IV, 20, XV, 24, Rom. XIV, 17, Col. I, 13, IV, 11, I Thess. II, 19). Se halla en Jesús Señor y Redentor, jefe invisible de la Iglesia e intercesor todopoderoso cerca del Padre, al Mesías despojado de su forma judía. La inutilidad de las prácticas legales puede deducirse del espíritu del Evangelio.¹

—Una vez sentado que la Revelación sirve de cimiento a la teología pauliniana, nos es menester investigar cuáles fueron en su construcción.

B. LOS ELEMENTOS EXTRANJEROS. Dos sistemas se ofrecen a nuestro examen.

a) ¿Depende Pablo en ciertos puntos de la Filosofía griega?

El helenismo² había penetrado en las ciudades sirias, en particular en Tarso, donde el Apóstol nació y donde recibió la educación distinguida que convenía a un ciudadano romano. El que se hacía judío con los judíos, gentil con los gentiles, y que citaba en Atenas, delante del Areópago, la mitad de un verso de Arato, no habría desdeñado los recursos de su cultura clásica al tiempo en que meditaba acerca de la vida y de la doctrina del Maestro. Mas ni las Epístolas ni los discursos de los Hechos apoyan perentoriamente³ la hipótesis de una añadidura o usurpación literaria. De las cuatro citas de autores profanos que contienen las tres primeras (I Cor. XV, 33, Tít. I, 12, Act. XVII, 28)

1 Cfr. Prat *D. A. F. C.*, fasc. XVIII, *Paul (saint Paul) et le Paulinisme*, col. 1634-1637.

2 Esta palabra designa ora la cultura griega clásica, ora el conjunto de ideas religiosas y morales del mundo griego, ora el modo de pensar de los Judíos llamados "helenistas" que habían adoptado, en la Diaspora, la lengua y las costumbres griegas.

3 Wendland, *Die Hellenistisch-Römische Kultur* y Feine, *Theologie des N. T.* son de un parecer diferente.

eran proverbios rimados que el uso permite emplear sin haber leído los originales; el cuarto (Act. XVII, 28) supone el conocimiento directo de un poema de Epiménides. La dialéctica de Pablo no tiene nada, tampoco, de común con la de los sofistas y de los preceptores.¹

Sobre todo, no se descubre en ninguna parte en el Apóstol un plagio substancial a la teodicea helénica.²

El Dios de los estoicos es la naturaleza, el conjunto de los seres, el gran Todo, o, si se quiere, la ley del mundo, la inteligencia del universo, la fuerza opuesta a la naturaleza. "Quid est natura, se pregunta Séneca (De Benef IV, 7), quam deus et divina ratio toti mundo partibusque ejus inserta?"³

En orden al Logos de la escuela alejandrina, potencia inmediata de operación o intermediario principal entre Dios y el universo, no tiene personalidad independientemente del Creador; no goza de otro papel aquí abajo sino el de organizar la materia y no comunica a los hombres los dones de la salvación, la vida y la luz divinas.⁴

¹ Las pretendidas referencias entre la moral estoica y la moral de S. Pablo no entran en nuestro campo de estudio. Cfr. Prat, *D. A. F. C.*, art. citado, col. 1645-1647.

² Cfr. Toussaint, *o. c.*, t. I, pp. 6-7. "Su lógica es la del Talmud que no se parece en nada a la de "Analíticas" de Aristóteles. Inútil es buscar allí las reglas del silogismo o de la demostración tal como la comprendía un espíritu griego. La palabra "filosofía" no se lee sino una vez en todas las obras de S. Pablo, y aun entonces designa más bien una suerte de teosofía que un sistema de explicaciones racionales acerca del hombre, acerca del mundo y acerca de Dios."

³ He aquí el juicio de un escritor debidamente impuesto sobre el particular, que ha hecho una especialidad de este estudio: "...Los términos, las expresiones y las ideas que al primer golpe de vista presentan una relación sorprendente con el estoicismo, son, al fijarse uno mejor, tan diferentes y aún totalmente opuestas, que es imposible admitir en el Apóstol un conocimiento exacto de la doctrina estoica ni plagios adrede de esta doctrina." Bonho. *Epiktet und das Neues Testament*, 1911, p. 198, citado por el P. Prat.

⁴ Cfr. Lebreton; *o. c.* Introducción y Libro primero, cap. II. Labauché, *Leçons de théologie dogmatique*, t. I, p. 28, nota 6.—*Dict. de théol. cath.*, fasc. XLI, pp. 2378-2386.

I. Las comunidades cristianas de Asia Menor han sido, de buen principio, agitadas por doctrinas inquietantes en las que se mezclaban "fábulas judaicas" (Tit. I, 14; I Tim. III, 9), preceptos rituales y morales (I Tim. IV, 3) y especulaciones filosófico-religiosas a propósito de seres intermediarios entre Dios y el mundo, de las que se enumeraba "las genealogías sin fin" (I Tim. I, 3, Tit. II, 9). La influencia alejandrina se reconocía en el último de estos errores, que se ensañaba con

b) La dependencia de las Epístolas con respecto al Judaísmo, por cierta que ella sea, reclama ser precisada. Hay allí algo más que los procedimientos de exégesis familiares a los doctores judíos, su manera so- brado poco literal de citar la Escritura, su dialéctica muy sutil y alguna vez casi desconcertante¹ (Gal. IV, 22-31, I Cor. IX, 9-10, Rom. X, 5-8); también reproduce el Apóstol la psicología judía y hartas analogías doctrinales. Hasta se puede hallar en la cristología del Apóstol (Col. I, 13-20) la influencia lejana del libro de la Sabiduría,² aun la de los salmos y la de los profetas que cantan el Espíritu de Dios, y finalmente la de los apocalipsis en que se supone la preexistencia del Mesías...

Mas ¿qué de extraño hay en ello? Los cristianos responden que el Antiguo Testamento insinuaba así el

mayor peligro aún en Coloses (Col. II, 18-19). Tendía ese mismo error de tal suerte a encumbrar la fe y el culto de esos seres intermediarios que el lugar que le tocaba a Cristo, sería sin duda afectado o invadido presto.

Para conjurar el peligro, Pablo adoptó la terminología predilecta entre los Colosenses y la aplicó resueltamente a Jesús: es El, dice, el Ser del que vuestras filosofías van llenas, el mediador de un Dios invisible, el principio de orden, de equilibrio y de razón (Col. I, 13-20); mas, no os equivoquéis aquí, es El una persona viviente, en quien la plenitud de Dios habita corporalmente (II, 9).—La síntesis así hecha por el Apóstol, contiene casi toda la doctrina del prólogo de S. Juan, casi no falta sino el nombre de Logos.

II. Hacia fines del siglo primero, los cristianos ilustrados de Asia Menor quisieron profundizar esta doctrina más a fondo. Como lo indica el P. Lagrange, la teoría del Logos filoniano "se prestaba a una asimilación con el Cristo histórico", sobre todo por "su carácter de Hijo primogénito de Dios, de intermediario entre Dios y los hombres. Mas una tal asimilación "ocultaba un lazo, puesto que el Logos no era sino un dios de segunda fila, y, por consiguiente, no era Dios mismo".

Como S. Pablo lo había hecho, queriendo S. Juan poner fin a estas especulaciones peligrosas, vuelve a emplear el término filosófico; mas depura y realza su significación para adaptarle al dogma cristiano de la divinidad de Cristo. Le proclama el Logos viviente eternamente cerca de Dios y Dios mismo, quien, habiendo tomado la naturaleza humana, se ha manifestado a los hombres bajo los rasgos de Jesucristo.

Para llegar a esta síntesis, "el discípulo, a quien Jesús amaba", ha podido ser requerido por las circunstancias y las necesidades del medio ambiente asiático, empero se sentía guiado por "el Espíritu de verdad", quien, después de la ascensión de Cristo, "debía enseñar toda verdad" (Joan. XVI, 13). Cfr. *Collationes Gandavenses*, t. VII, p. 365-366 y t. VIII, p. 23 y 35. P. Van Imschoot, *Notes critiques sur le Logos johannique*.

1 Léase E. Baumann, *Saint Paul*, pp. 56-59.

2 Lebreton, p. 301-302, o. c. y 55, *Ibid.*, p. 440, nota B.

misterio de la Santísima Trinidad; y ¿quién sostendrá desde el punto de vista crítico, que la Sabiduría y el Espíritu de Dios aparecen ya allí distintos de Dios, como en Pablo, a la manera de una hipóstasis?¹

*“Estas concepciones judías no han sido, pues, el molde de la figura de Cristo, tal como ésta emerge de las Epístolas, sino que, antes bien, ellas han suministrado la materia que san Pablo ha modelado según la imagen de Cristo que la tradición apostólica y la Revelación divina le ponían ante los ojos”.*²

* * *

No nos detenemos en “estas chocheces sin valor religioso, en esta necedad: la divinización de un hombre”,³ de un pequeño amotinador judío, iluminado muerto en Jerusalén en una tentativa mal definida.

«¿Cómo no sentirse abatido midiendo las etapas que le sería preciso recorrer antes de las cartas de Pablo, para hacer tal fractura en la Divinidad? Las IMPOSIBILIDADES surgen por doquiera. Para explicar cómo un hombre histórico habríase convertido en el Jesús de

1 “En el punto a que hemos llegado (Prov. VIII, 23-31, Sab. VI, 25-26), la doctrina de la Sabiduría está lejos de tener una determinación definitiva. Si hay expresiones que anuncian entre Dios y la Sabiduría la oposición de relación de que se ha hecho cuestión en lo expuesto acerca del dogma trinitario, otras hay que presentan a la Sabiduría como un simple atributo, un atributo particularmente activo, a la verdad, de Dios. En pocas palabras, en toda esta literatura, no se ve claramente la hipóstasis dogmática.” Labauche, *o. c.*, p. 26. “Sola la Sabiduría se distingue de Dios, y aún no tiene ella todo el relieve de una personalidad viviente.” Lebreton, *o. c.*, p. 118. “Lo más frecuente es no percibir sino la acción del Espíritu, y se le representa al mismo como una fuerza comunicada por Jahvé; otras veces, en lugar de describir su acción en los hombres, se le representa como unido a Jahvé, sin que, por otra parte, entre estos términos se pueda conseguir una distinción bien definida...” Lebreton, *o. c.*, p. 108. “Los judíos no podían apenas admitir más: hubieran temido comprometer el monoteísmo.” Labauche, *o. c.*, p. 36.

2 Venard, *Les origines chrétiennes* en “Où en est l'histoire des religions”, t. II, p. 223. Cfr. Lebreton, *o. c.*, p. 439. No hablamos del rabinismo, escuela aislada que se constituyó después de la ruina del Templo y cuya fuente menos alterada, la Mischna, remóntase a fines del segundo siglo. Según la comparación sugestiva y justa de Schweitzer, que cita el P. Prat, el rabinismo del Talmud “seméjase a una pradera calcinada por un sol tropical. Hubo un tiempo en que esta hierba amarillenta y polvorienta era verdosa y florida. ¿Cuyo era a la sazón el aspecto de la pradera?”

3 Couchoud, *o. c.*, p. 183.

Pablo, menester es amontonar no pocas CONJETURAS INVEROSIMILES. ¿No vale más acaso economizarlas algún tanto? ¹

Por consiguiente, ¿podemos, debemos tal vez abrazar la fe católica? “Cuanto más medito acerca de esto, dice aún M. Couchoud, más me convengo de que Jesús histórico no es plenamente aceptable sino por parte de los creyentes y de que no está bien comprendido sino por ellos... En exégesis su posición es envidiable. Reciben de buen grado y aceptan en su sentido completo los documentos que los críticos toman de soslayo y en los que tientan una arriesgada selección. Si el Hijo de Dios existe (y para ellos este solo “si” es una blasfemia), todo lo que hay en Pablo y en los evangelios se ha de tomar a la letra: es palabra de evangelio. El “si” una vez admitido, el exégeta ortodoxo tiene todas las ventajas”.²

M. Couchoud rechaza la condición y se siente así empujado hacia un mitologismo radical cuya inanidad creemos haber dejado sentada. Mas ciertos incrédulos que gustan de matices, intentan un compromiso. Dividen en dos puntos capitales las ideas del liberalismo. Partiendo de una misma afirmación, a saber: los documentos bíblicos no prueban que la encarnación de un Dios tenga lugar en los orígenes del Cristianismo, siguen un mismo método y declaran la fe cristiana tributaria de aportaciones extranjeras. Solamente, cuando se trata de determinar estas aportaciones, se arma todo un cisco. El Judaísmo y las filosofías antiguas no explican nada a los partidarios del comparatismo moderado; el cristianismo, dicen, por conducto de los cultos de misterios,³ ha recogido concepciones religiosas ya

1 Ibid., pp. 83 y 109.

2 Couchoud, *o. c.*, pp. 109-110.

3 Estos cultos extranjeros, a los que cualquiera podía afiliarse, pero sin duda con la condición de no profanar los ritos con indiscreciones, hallábanse, aseguran los comparatistas, esparcidos y florecientes en el Imperio desde el segundo siglo antes de Jesucristo. Las divinidades de Eleusis, Demetrio y Kore, eran a la sazón célebres por doquiera. Mi-

formadas entre los pueblos paganos, utilizado sus creencias y continuado sus tradiciones, transponiéndolas, modificándolas según las necesidades del nuevo ideal que encarnaba. Sobre todo, el proceso evolutivo ha comenzado desde antes de Cristo, en un ambiente en que halla uno otros ejemplos de divinización. Esa es la tesis de los Smith, de los Drews y de los Couchoud, reduciéndose casi a no tener a Jesús por un mito sino por un pobre Judío, obrero pueblerino, rabino sin prestigio quien "después de un tiempo muy corto de predicación en Galilea, en donde reclutó solamente algunos adeptos, llegó a Jerusalén y no logró sino hacerse condenar al suplicio de la cruz como agitador vulgar".¹ El cristianismo no le debe, por otra parte, su origen, Jesús de Nazaret fué para él simplemente una causa ocasional.

B.

LA ESCUELA COMPARATISTA MODERADA

Para comprenderla, debemos ampliar el problema y no considerar solamente la transcendencia atribuída al Maestro de Nazaret sino también la transcendencia que le vale su personalidad divina. Por consiguiente—nos

tra, introducido de Persia en Cilicia, se abalanza a la conquista de las riberas mediterráneas. Dejando las montañas de Frigia, Atis se ha instalado con su paredra Cibeles, "la gran madre", en las laderas del Tíber. El primer dios que tuvo la naturaleza humana, Osiris el Egipto, esposo de Isis y padre de Orus, cuenta en Roma y por toda Italia con templos, sacerdotes, y con no pocos fieles. Rebasando la Tracia y Creta, el culto de Dionisio invade el litoral.—Para no dañar a la claridad de nuestra demostración, dejamos desparramadas entre las notas algunas referencias acerca de los misterios paganos, que interesan más al lector. Quien quisiera hacer de ello la síntesis, consultará con provecho la tabla alfabética de materias.

1 Con todo, el Jesús de los comparatistas no pertenece a la historia sino por un hilo. "Lo que se llama comúnmente historia evangélica es con mucho menos la historia de Jesús que el poema de la redención por Cristo." *Journal de Psychol.* 1923. N.º 5, p. 430. Loisy, *Le style rythmé du Nouveau-Testament.*—"Nada en los escritos evangélicos tiene consistencia de hecho, si no es la crucifixión de Jesús por sentencia de Poncio Pilato, por causa de agitación mesiánica." *Rev. d'hist. et de litt. rel.*, 1922, pp. 297-298. Loisy, *La passion de Marduk.*—Couchoud escarnea a este propósito al famoso modernista. "Firmemente seguro de este hecho histórico, no teme, con el claro acero de su crítica, cercenar casi todo lo presente. Me imagino un leñador a caballo sobre una gruesa rama, y

servimos del lenguaje de nuestros adversarios—, ¿cómo un sencillo lugareño de Palestina viene a ser el fundamento del cristianismo, sin haberlo creado de una manera consciente, hasta sin haberlo previsto? ¿Cómo la predicación de este nacionalista ha podido dar lugar al universalismo de la religión cristiana? ¿Cómo preceptos y ritos de salvación, aceptados y practicados por lo más selecto de entre los hombres, se enlazan en definitiva al bautismo de Juan (una ceremonia que preparaba al advenimiento del Reino) y a la Cena (un banquete del que el Maestro había dicho que sería el último antes de esta instauración)?

Con el objeto de resolver esta triple antinomia pretendida, los comparatistas proceden por grados.

1.º Los apóstoles, dicen, siguiendo a Bousset, creyeron ver a Jesús resucitado y le identificaron con el Hijo del hombre (Dan. VII, 13).

2.º Su fe se difundió hacia el exterior, en Antioquía, en Damasco, en Tarso, en las comunidades del Oriente helenista en donde los misterios paganos, los κύριοι, personajes que recibían los honores divinos, los σφτηρες, dioses salvadores cuya muerte tenía un valor saludable,¹ preocupaban a los espíritus y eran fre-

que la corta del lado del tronco. A cada astilla que salta, se le grita: ¡Andad alerta! ¡Se romperá y caeréis con ella! El responde con una sonrisa muy fina: ¡No tengáis miedo! ¡Por poco que yo dejare, sabré tenerme!”, *o. c.*, p. 73.—“He leído dos veces el Comentario de M. Loisy acerca de los Hechos, escribe Emilio Baumann. Su esfuerzo me evoca la impresión que experimentaba, de niño, en una rectoría pueblerina, donde oía, durante la noche, unos ratoncillos incansables que roían las bonachonas vigas de un desván. M. Loisy es un roedor de textos; si cree arrancar algún cachito, está contento. Su crítica se arrapa a las dificultades; las que existen no le bastan. La hipótesis de una “fuente” honesta y segura, alterada por un redactor, ora sea inepto, ora de una increíble astucia, ese nudo de subterfugios, de desaciertos y de mentiras tiene el aire inventado por el autor de una novela policiaca.” *Saint Paul*, p. 16.

1 Al decir de los comparatistas, los misterios poseen una trama idéntica: la historia de un dios muerto y resucitado por la salud de los hombres. Osiris es reducido a pedazos por Set, mas la industria y el celo de Isis le vuelven a la vida. Luego que los Titanes han devorado el cuerpo jadeante de Dionisio, Júpiter le asegura la inmortalidad. En un acceso de celos furiosos, Demetrio consagra a Adonis a la muerte; una vez calmados, le permiten ellos revivir. Ahora bien, estas “pasiones” dolorosas de las divinidades paganas, seguidas de su “resurrección”, valen al místico, se nos dice, con el perdón de sus faltas, la renovación del alma,

cuentemente celebrados.¹ Por un movimiento instintivo de la masa (*Gesamtpsyché*), bajo el imperio de un sentimiento mejor que el de una idea teórica y netamente definida, el cristianismo helénico hizo de Jesús su Señor.

3.º Pablo, estudiando en Antioquía, conoció esta creencia y la desenvolvió, la hizo suya aun antes de lo que él mismo llama su conversión.

4.º Después de haber declarado idéntico el *κύριος* *κριστός* y el Espíritu (II Cor. III, 17)² enseñó que Cristo es el principio de la vida espiritual de los fieles, y profesó de esa suerte el esoterismo hermético. Consideró la obra de la salvación como una epopeya mística, según el tipo de las religiones con misterios; de ahí viene que asimiló a Jesús con los dioses muertos y resucitados, con Dionisios, Adonis, Attiz, Osiris y Mithra.

la paz y la eternidad bienaventurada, si, no obstante, asiste y toma parte en las ceremonias litúrgicas, porque éstas producen una manera de simbiosis: el misto revistese entonces de la personalidad del dios a quien celebra, y participa de sus prerrogativas divinas.

1 Estos misterios iban acompañados de amables atractivos. En oposición con las formas clásicas del politeísmo, que tendían ante todo al bien común, y hasta, en algún sentido, a la prosperidad nacional, estaban ellas ordenadas con relación a las aspiraciones y las necesidades de cada uno. El secreto del destino individual, lo descubrían ellas a sus fieles mediante representaciones rituales, en las que la gente humilde podía ocupar un lugar superior al de sus maestros, y los legos desempeñaban a veces un cometido no menos activo que el de los sacerdotes, bien que contemplaran en éxtasis la espiga simbólica, bien fuera que siguieran la carrera alocada de Demetrio en busca de su hija, o que descendieran con Koré a la mansión infernal. Fiestas, espectáculos, pompas orgiáticas, halagaban a los espectadores, les conmovían, les transportaban, y sobre todo, les inducía a contratar, según la expresión pintoresca de Loisy, un seguro sobre la vida futura (Cfr. Huby, *Christus*, pp. 328-331, 378-383, 389-392, y Fournier, *Manuel de l'hist. des rel. non chrét.*, p. 259-264).

Por otra parte, el espíritu sincretista del tiempo aquél, permitía a estas religiones numerosas y variadas superponerse al culto tradicional, ejercitar una larga tolerancia recíproca y hasta aliarse o confundirse entre sí. Vese a Cibeles acoger gustosa las aspersiones sangrientas del tauróbolo ya caras a Mitra. Osiris se llama en Roma Júpiter, en Grecia Zeus o Dionisio. Demetrio llega a ser un avatar de Venus y de Afrodita.

2 No insistiremos apenas acerca del hecho, según el cual el Apóstol habría identificado a Jesús con el Espíritu. Hay en la lectura que de la II Cor. III, 17, hacen los comparatistas, un enojoso contrasentido. El Señor, es el régimen y el reino del Espíritu, quiere decir el autor, en lugar de la ley, que es el régimen y el reino de la letra. Cfr. Toussaint, in *o. c.* y Prat, *o. c.*, t. II, pp. 221-239.

5.º El cuarto evangelio acentuó siempre más la aproximación entre Dios y el *κύριος χριστός*: proclamó la teofanía del "Logos" e hizo del mensaje evangélico una divina revelación.

De donde los comparatistas concluyen que EL CRISTIANISMO, HEREDERO DEL ANTIGUO TESTAMENTO EN SU DOCTRINA ACERCA DE DIOS, DEL ALMA, DEL MÉRITO Y DE LA RETRIBUCIÓN, HA TOMADO DE LOS MISTERIOS ANTIGUOS SUS ELEMENTOS ORIGINALES, A SABER, LA IDEA DE CRISTO INMOLADO, REDENTOR DEL MUNDO (LOS SACRAMENTOS DEL BAUTISMO Y DE LA EUCARISTÍA,¹ LA UTOPIA DE LA REGENERACIÓN ESPIRITUAL Y DE LA FELICIDAD SIN FIN). "Las cosas bien consideradas, escribe M. Loisy, debía la nueva religión a la mística pagana casi tanto como al judaísmo y el mundo pagano pudo allí reconocerse por cuanto su espíritu desde luego había entrado allí".²

Por ingenioso que sea, este sistema—íbamos a escribir esta novela—exige una condenación severa. No propone sino hechos inventados, deformados, disfrazados; examinémoslos uno por uno.

I. Su fe en Jesús, la comunidad palestina no lo expresaba únicamente mediante la apelación «Hijo del Hombre.»

a) Este título abrigaba algo misterioso. En su acepción original designaba una criatura humana, nada más; pero Daniel (VII, 13) lo había aplicado a aquél que "posee el poder, el honor y el reino, a aquel a quien todos los pueblos, las tribus y las lenguas servirán, a aquél cuyo poder es eterno y cuyo reino no será jamás

1 La liturgia pagano-helénica abarcaba lustraciones de agua, de harina y de sangre—un verdadero bautismo, según las entendederas de comparatistas — y una comunión. De hecho, las Dionisiacas y las Orficas consumían la carne cruda de una víctima a la cual se suponía que el dios estaba incorporado; los fieles de Mitra tomaban pan y vino; los seguidores de Cibeles comían del tímpano (vaso en forma de tamboril) y bebían del cimbal.

2 *La Religion*, p. 138.

destruido" (V, 14). En tiempo de Cristo, el pueblo judío no sabía muy bien qué sentido exacto tenía, aun cuando una apocalipsis célebre, "El libro de Henoc", lo volvió a usar y a explicar ese título, refiriendo al "Hijo del Hombre" las profecías mesiánicas, especialmente los oráculos de Isaías. Jesús mismo ya desde luego¹ se lo atribuye aunque sólo ante aquellos que están dispuestos a comprenderle: fariseos (Marc. 11, 10, 28, Matth. IX, 6, XII, 8, 32, Luc. 24, VI, 5), escribas (Matth. VIII, 20, Luc. IX, 58), discípulos (Matth. XIII, 37, 41, Luc. VI, 22) y la muchedumbre ya instruída por Juan (Matth. IX, 18-19, Luc. VII, 33-34). Pero después de haber precisado en presencia de sus apóstoles, reunidos en Cesarea, el carácter mesiánico de la fórmula, la reivindica abiertamente (Marc. VIII, 31-32) para sí, relacionándola ya con el Mesías doliente condenado a muerte y saliendo del sepulcro (Matth. XVII, 12, 21-22, XX, 18-19, 28, XXVI, 2, 45 y loc. parall.), ya con el Mesías escatológico (Matth. XVI, 27-28, XVII, 9, XIX, 28, XXIV, 27, 30, 37-39, 44, XXV, 34, XXVI, 63-64, y loc. parall.). La respuesta a Caifás pondrá finalmente esto en plena luz: menester era que Cristo sufriera y entrase en su gloria.

b) Ahora bien, de entre las setenta y nueve veces que los Evangelios relatan esta expresión, setenta y ocho veces la ponen en boca del Maestro, y sólo una vez los asistentes la enuncian para pedir una aclaración a Jesús quien acaba de emplearla: "¿Cómo dices tú que es menester que el Hijo del Hombre sea elevado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?" (Juan XII, 34). Los otros libros del Nuevo Testamento no la citan sino en tres ocasiones (Act. VII, 56, Apoc. I, 13, XIV, 14).

Protestantes o católicos, los exégetas concluían que la comunidad primitiva no hacía apenas uso de esta ape-

¹ Otros textos (Matth. X, 32, XII, 40, Luc. XI, 30, XII, 8) no pertenecen seguramente a la primera parte del apostolado del Maestro.

lación: es propia de Jesús.¹ Jesús gustaba de ella, sin duda porque su carácter enigmático provocaba la atención de los oyentes y se avenía con una manifestación progresiva de la misión mesiánica, a la vez que con el cometido muy humilde y sumiso del siervo de Jahvé sobre la tierra y con su real gloria en el reino escatológico.² Otros títulos, Hijo de David, por ejemplo, habrían podido estimular las aspiraciones carnales del pueblo, sus sueños de independencia y de dominación política.³

c) Más tarde, los comparatistas, a ejemplo de Sganarelle, han preferido otra explicación: la fórmula, sostienen, remóntase no a Jesús sino a la Iglesia palestinese, cuyas aspiraciones y la convicción de que el profeta de Nazaret es simplemente un hijo de la raza humana, las refleja mejor que cualquiera otra. Cuando se les invita a demostrar una tal paradoja, les es necesario recurrir a artificiosos trampantojos y recusar a la vez 1.º los textos citados por un solo evangelista—“testis unus, testis nullus”—2.º aun aquellos que atestiguan una triple tradición más en donde falta en uno de los testigos la expresión: Hijo del Hombre—esta vez “testis unus” viene a ser “testis verus”!!—y también, es claro, 3.º aunque se hallaran en los tres sinópticos, aquellos textos que refieren sea un milagro, sea una profecía. A este paso ¿dónde iríamos a parar? Uno u otro pasaje quedaría solamente en pie, donde se consignan, por lo demás, cosas que Jesús no ha podido decir, según el sentir de esos señores. De ese mo-

1 “He aquí un término que ella (la primera generación cristiana) no ha empleado jamás, que no responde, pues, a sus aspiraciones, ni al progreso de sus ideas; le atribuye a Jesús con una unanimidad constante. ¿No es la mejor prueba de su fidelidad el no atribuir a Jesús, sino lo que tiene recibido verdaderamente de él?” Lagrange.

2 Cfr. Huby, *Ev. selon S. Marc.*, p. 45 y Mgr. Kekhofs, *Rev. eccl. de Liège*, sept. 1923.

3 “Conmover al pueblo, tomando un título que podía ser mal comprendido, y preparar a los judíos y a sus discípulos a reconocer su misión, son dos cosas bien diferentes.” Lagrange, in *Marc. II, 10. Recherches de science religieuse*, nov. dic. 1914. *Bulletin des origines chrétiennes*, pp. 560 s. s.

do, la conclusión suena triunfante: no hay ahí sino procedimientos redaccionales, nada más que un eco de las aclamaciones que, desde el fondo de las almas judías, elevábanse hacia el Mesías finalmente reconocido...

—*Hipótesis vanas*¹ desarrolladas entre mil *contradicciones* con una *arbitrariedad sistemática y brutal*, he aquí, pues, lo que los comparatistas nos oponen, como punto de partida, para sostener, contra el **testimonio de los libros históricos, este dato psicológicamente inverosímil**: la Iglesia, deseosa de expresar y de fijar sus creencias mesiánicas, ha escogido un título poco conocido, que necesitaba ser explicado!

Por otra parte, lo vamos a dejar bien sentado en el capítulo siguiente: **los primeros cristianos no tenían formada de su Maestro una idea tan vulgar, pues le habían oído proclamar de viva voz y con el gesto su transcendencia y su divinidad.**

II. La aureola de Cristo no fué forjada por las Iglesias de la Dispersión.

Para mayor claridad, trataremos aparte el problema de los misterios pagano-helénicos y de su influencia sobre la fe cristiana.

Un título reclama nuestra atención desde luego, que los griegos, en los tiempos antiguos, habían raramente empleado en el culto público pero que, dicen los comparatistas, era frecuente, desde hacía dos siglos, en los labios del místico,² honrando a su dios. En Egipto, en

1 "El que velaba su título de Mesías, se nombraba altamente Hijo del hombre. Si hubiera sido un título mesiánico corriente aún más glorioso que el de Hijo de David, ¿le hubiera reivindicado? Y la multitud ¿no hubiera tenido que pronunciarse acerca de su pretensión? El sumo sacerdote se hubiera visto obligado a buscar otros testigos y otros agravios? La crítica se ahorraría descalabros, de atenerse en un todo, al texto de S. Juan. La multitud dijo a Jesús: "Sabemos por la Ley que Cristo permanece para siempre, y ¿cómo dices tú que el Hijo del hombre debe de ser enaltecido? ¿Quién es este Hijo del hombre? Tenemos, pues, que el pueblo de Jerusalén no sabía quién era el Hijo del hombre." Lagrange, *Le sens du Christianisme*, p. 263.

2 Nombre que llevaban los paganos iniciados en los grandes mis-

Siria, en la Grecia y a lo largo del Mediterráneo, los paganos llamaban "Señor" a la divinidad suprema a que veneraban, y este calificativo expresaba el soberano dominio que la divinidad ejercía en el universo—en el que comprendían a los hombres y a los dioses inferiores—como un déspota sobre sus subordinados. Los dioses secundarios le recibieron a su vez: Isis, Osiris y Serapis, Cibeles, Atis, Hermes y Apolo. De ahí proviene, sin duda, que la palabra κύριος, cuando fué aplicada corrientemente a los soberanos orientales, al emperador y hasta a ciertos jefes gnósticos, revistió una significación religiosa, adornando a esos personajes de una aureola divina. Por lo tanto, se comprende que la religión nueva traspasase las fronteras de Palestina y triunfase en Antioquía, Tarso y Damasco, habituados como estaban sus neófitos al culto de misterios. Jesús fué para ellos el Hijo del Hombre reconocido Rey-Mesías con el título de Señor y con la significación transcendente que permitía; y de golpe, el humilde rabino de Nazaret fué elevado hasta el Olimpo...

Dejaremos a M. Bousset que allá se las haya con la "Gesamtpsyché", esa fuerza inconsciente que creó la fe en Jesús-Señor.¹ Mas es necesario hacerlo constar claramente: EL TÉRMINO que invoca y LOS GRUPOS que designa no han podido desempeñar el papel que tan gloriosamente se les concede.

1. Título usual y característico de los reyes, κύριος,² expresa ante todo el poderío, la soberanía.³ Nada tiene de divino, ni pertenece a la lengua sagrada,

terios de Eleusis; al cabo de un año, los mistos llegaban al grado superior de la iniciación y quedaban convertidos en epoptes.

1 "Esta explicación por lo inconsciente de una innovación que debía, no transformar el culto cristiano, sino propiamente crearle, puesto que el simple título de Hijo del Hombre, tal como lo interpreta M. Bousset, no atraía de suyo la adoración, no es sino una confesión de impotencia, vana retórica substituida por el lenguaje limpio y claro de los textos." Huby, art. cit.

2 La costumbre de llamar al soberano κύριος es un rasgo de costumbres orientales, que ha pasado a la lengua griega, en la época del Helenismo, bajo la influencia de las ideas orientales.

3 Cfr. Cerfaux, *Revue des sciences philosophiques et théologiques*,

ar originariamente es usado entre los semitas,¹ ni, lo que nos interesa mucho más, pertenece tampoco a la época greco-romana durante la cual jamás interviene en los numerosos conflictos culturales de los judíos con los emperadores y en la que se ve a un Filón emplearlo sin rebozo dirigiéndose a Calígula a quien rehusa adorar. Esta palabra no obtuvo, pues, el venturoso partido que se le atribuye.²

2. *En cuanto a las comunidades helénicas, no fueron las primeras en saludar a su Maestro con el nombre de κύριος.* Los discursos de Pedro (II, 36, X, 36), las plegarias de los fieles, la postrera invocación del mártir Esteban (Act. VII, 59) demuestran que ya se empleaba antes en Jerusalén.³ Con todo y la reserva que le imponía su método de revelación progresiva, el mismo Cristo ¿no se había atribuido este título de una manera suficientemente clara? (Matth. XXI, 1-11, XXVI, 41-46, Marc. XI, 1-10, XII, 35-37, Luc. XIX, 29-38, XX, 41-44, véase también Matth. XXIV, 42-48, XXV, 11).⁴

enero 1922. "En el mundo oriental y sobre todo semítico, el rey es naturalmente Señor frente por frente de sus súbditos, del mismo modo que el dios, en sentido opuesto a sus hombres reducidos a servidumbre." "Verum quidem est hunc titulum saepe etiam diis conferri (I Cor. VIII, 5-6 aporta la prueba) sed eo quoque casu vim nativam videtur retinere. dicuntur "domini" quod regiam dignitatem et potestatem excellentiori modo possident." Médebielle, art. cit., *Verbum Domini*, mayo 1922, p. 139.

1 "Adon", en hebreo y en fenicio; "marana" o "maran", en arameo; título real, dice M. Cerfaux, designando exclusivamente el rey reinante—jamás un dios o un rey admitido a la apoteosis. Dios="Elaha".

2 En la época romana, significaba soberano único, emperador (Act. XXV, 26). Distinguiéndose de Θεός como "Maran" de "Elaha", no ha podido servir para "divinizar" a Jesús.

3 Según testimonio de S. Pablo, los allegados de Jesús son llamados, aun en Jerusalén, "hermanos del Señor" (I Cor. IX, 5); y por lo que respecta a las viejas fuentes arameas que reproduce el Evangelio de la Infancia, María es "la madre del Señor" (Luc. I, 43) y el niño de Belén "el Cristo Señor" (Luc. II, 12). Bien entendido Bousset al igual que la mayoría de los críticos liberales, dale por sospechar y niega la autenticidad de los textos que contrarían a su sistema.

4 Poco importa que Cristo sea llamado en el salmo CV. "mi Señor", sin nada más. "En la explicación que da del texto, Jesús, dejando entrar el posesivo αὐτοῦ Δαυὶδ λέγει αὐτόν κύριον, para invitarnos a tomar la palabra "Señor" en un sentido absoluto. Además, si Cristo era el Señor de David, ¿no lo era, por el mismo hecho, el Señor de todo fiel? ¿Quién, pues, habría osado proclamarse mayor que David o solamente

Este título parece, por otra parte, reproducir una fórmula de origen arameo, en la que el "Maranatha", tan usado en las iglesias apostólicas, aun en aquellas que hablaban griego (I Cor. XVII, 22), se ha evidentemente inspirado.¹

3. Y además, ¿cómo suponer que la cristianidad siríaca hubiese solamente intentado introducir una innovación tan importante como la atribución al Maestro del título *κύριος*? No hubiera jamás triunfado con su propósito. Llamada a la fe por predicadores salidos de Jerusalén, discípulos de la primera hora, en relaciones estrechas con la Iglesia-madre, velaban por ella con solicitud tutelar. Profetas y miembros del colegio apostólico iban a visitarla. El partido de los Judeo-cristianos manteníase allí asaz poderoso para intimidar a Pedro y a Bernabé; y el mismo Pablo, Apóstol del Señor y favorecido con revelaciones personales, debía, lo hemos dicho, defender su comunión de ideas con los Doce. El espectáculo del paganismo y de sus apoteosis no podía, en tales circunstancias, sino provocar una oposición más fuerte entre los dioses y los señores honrados por los gentiles, y el solo Señor Jesucristo en el cual los cristianos reconocían la majestad de Jahvé (I Cor., VII, 6).²

su igual? En su primer discurso a los judíos, S. Pedro, citando este mismo texto, concluye que Dios, al resucitar a Jesús, le ha hecho Cristo y Señor, sin decir más (Act. II, 34-36)". Huby, art. cit.

1. "Esta fórmula Maranatha es muy embarazosa para Bousset: si la atribución a Jesús del título de Señor no ha comenzado sino en las comunidades de la Gentilidad, ¿de dónde viene el uso de esta fórmula aramea en las iglesias que hablaban griego, como Corinto (I Cor. VI, 22) o en las comunidades a las cuales se dirige la Didaché (X, 5)? Bousset se ve reducido a sostener esta inverosimilitud: que la expresión aramea ha podido surgir en la comunidad de Antioquía, aun cuando el elemento griego allí predominara; se ha echado mano de una lengua extranjera, para mayor solemnidad y misterio. Cuánto más sencillo es ello, ¿no es verdad?, admitir que la fórmula aramea, acuñada en tierra palestiniana por los Apóstoles, ha sido transmitida por ellos a las iglesias que evangelizaban, y que éstas la han guardado como el mismísimo verbo de sus fundadores?" Huby, art. cit., p. 569.

2. Bousset hase olvidado de explicarnos cómo este título *κύριος*, introducido por la comunidad de Antioquía, se ha difundido tan rápidamente y tan pacíficamente en todo el mundo cristiano, aun cuando más de una comunidad, aun en tierra helénica, comprendiera un elemento notable de judíos o de judaizantes convertidos. S. Pablo supone la fór-

III. Pablo no ha creado ni substancialmente mejorado la fe en la personalidad de Cristo.

Por cuanto nos es menester tratar el problema en toda su amplitud y ya que la cuestión de la personalidad divina de Jesús va, en el sistema de los comparatistas, entrelazada con la cuestión de su cometido, permítansenos estos nuevos pormenores. Cuando han dicho que los primeros fieles creían en Jesús salido del sepulcro, porque la esperanza mesiánica, exasperada por su predicación, exigía que hubiera sobrevivido a su desgracia; cuando están persuadidos que la "Gesamtpsyché" de las iglesias sirias ha colocado entre los dioses al Hijo del Hombre hecho Mesías en Palestina, nuestros adversarios apenas saben cómo esta creencia ha sido coordinada a una idea de salvación (ni de qué manera el bautismo ha llegado a ser el signo de la iniciación cristiana y el convite conmemorativo, un banquete sagrado, una fuente de renovación mística: "vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus").

Según Reitzenstein, Pablo, en su deseo de hacer al Evangelio accesible y aceptable a los paganos, habría DELIBERADAMENTE ADOPTADO en sus escritos y en sus ritos las ideas, los términos, las prácticas que habían asegurado el éxito de los misterios. Mas la mayor parte de los críticos suponen INFLUENCIAS COLECTIVAS sufridas por la comunidad judeo-pagana, clarificadas, expresadas y fijadas por almas elegidas profundamente místicas, y en primer lugar por san Pablo, "el director, el impulsor, la antena para preparar y realizar las combinaciones".

Debemos ir en busca de sus argumentos.

mula conocida de todas las comunidades a las cuales escribe, Tesalónica, Filipos, los Gálatas, Corinto, aún de aquellas a las que no ha evangelizado personalmente, como la iglesia romana. ¿Sería ello que por doquiera la "Gesamtpsyché" ha sufrido una reacción idéntica, de igual modo instintiva e inconsciente? Sin embargo, el medio ambiente no era en todas partes el mismo que en Antioquia; en Grecia y en Roma, en el siglo primero, el título de Señor era de uso mucho menos frecuente en los cultos paganos que en Egipto o en Siria." Huby, art. cit.

A.) EL PLAGIO MATERIAL Y DIRECTO

I. A PRIORI, “nos lo representamos mal, confesémoslo, dice M. Loisy, a Pablo, sea antes, sea después de su conversión, leyendo asiduamente, para instruirse acerca de las ideas paganas, los escritos mágicos u otros, que podía tener a su disposición. No le comprendemos al considerarle que se ingeniaba conscientemente, deliberadamente, mediante el estudio, buscando en dichos libros la lengua y las ideas por cuyo medio podría traducir el Evangelio para hacerle accesible y aceptable a los paganos”.¹

II. Por lo demás, el EXAMEN de las Epístolas no favorece la hipótesis de los comparatistas: ni su vocabulario ni sus doctrinas presentan aproximaciones verdaderamente típicas con los documentos pagano-helénicos.

a) VOCABULARIO. Πίστις, σωτηρία, πνεῦμα, πνευματικός, ψυχή, ψυχικός, νοῦς, γνῶσις, μυστήριον, στοχεῖα: si estas palabras se dan en las cartas paulinas al mismo tiempo que en las religiones esotéricas no hay en esto nada que deba sorprendernos. Son griegas, pertenecen al vocabulario común, y san Pablo podía emplearlas como empleaba la terminología de los juegos, del estadio y del teatro (I Cor. 23, 13): Filón se las había apropiado sin escrúpulo, a pesar de su menosprecio por las iniciaciones paganas, con el fin de explicar mejor el sentido simbólico de las Escrituras, y como harán más tarde estos otros abominadores de los cultos orgiásticos, Justino y Clemente de Alejandría.

¿No debía él aún si podía, por este medio, lograr con mayor holgura el acceso de los espíritus y de los corazones?²

1. *Revue d'hist. et de litt. religieuse*, 1911, p. 588. — M. Bousset participa de este parecer. *Kyrios Christos*, p. XIII.

2. “Nihil certe vetat Apostolos ea verba adhibuisse et ad eos usus ritusque allusisse quibus faciliior et vividior redderetur divinae revelationis expositio. Praeclarum exemplum talis methodi et adaptationis refert R. P. O'Rourke, hoc ipso periodico, in disputatione cui titulus “Libertus

*Pero ocurre siempre que estas expresiones aparentemente semejantes abrigan un sentido diferente.*¹ Limitándonos únicamente a dos o tres ejemplos, *μυστήριον* significa entre los mitos una doctrina recibida de otros y que ha de mantenerse oculta, cuando en Pablo, raramente significa la verdad cristiana, oculta de hecho a los paganos (I Tim. III, 9, 16), y con mayor frecuencia significa una verdad oculta que el Espíritu Santo revela.²

πνεῦμα designa aquí bien el espíritu pensante en el hombre (I Cor. II, 11), bien la actividad del Espíritu Santo en el hombre (Gal. V, 25) o el hombre bajo la influencia del Espíritu Santo (Rom. VIII, 11), o bien la persona del Espíritu Santo (I Cor. XII, 11)³ y allá, en oposición con *σῶμα* y con *σὰρξ*, el alma humana única y sencillamente como inteligente.⁴

Al paso que la *γνώσις* del Apóstol constituye un conocimiento, un discernimiento sobrenaturales (II Cor. II, 14, X, 5, Rom. XI, 33, XV, 14), la de los misterios

Domini", in haec verba desinente: data tali analogia inter servitutem et redemptionem corporis scilicet et animae, nemo non videt cum quanta vi et gratia Apostolus hisce formulis mentes rudiores, quibus unica salus erat Apollo Pythius, ad veritates redemptionis Christi amplectendas adiuvare potuerit. Sic enim Deus omnia suaviter disponit." *Verbum Domini*, Aug. 1923, p. 248 Medebielle, *De Mysteriis ethnicis et mysterio christiano*.

1. Véase en el estudio publicado por el canónigo Jacquier (*Dict. Apol.*, fasc. XVI, *Les Mystères païens et S. Paul*, col. 982-998) la discusión de cada palabra. Cfr. el art. citado del R. P. Huby, especialmente pp. 572, 576 y 578, así como también la *Rev. prat. d'Ap.*, 1 mayo, 15 mayo y 15 junio 1913. Mangelot, *Saint Paul et les Mystères Païens*.

2. "Es cierto que esta palabra se da en el Nuevo Testamento con el sentido que tiene en los Setenta. Véase Hatch, *Essays in Biblical Greek*, Oxford 1889, p. 57-62. 1. El misterio del N. T. está en singular, los misterios paganos están en plural.—2. Estos son secretos y deben permanecer secretos, aquél está descubierto y debe de ser publicado por cualquiera.—3. Los misterios paganos están reservados a los solos iniciados, el misterio cristiano es para todos los hombres. Se podría sostener, verdad es, con Lighthoof, que S. Pablo alude a los misterios paganos por vía de contraste, para mostrar que el misterio cristiano es todo lo contrario; mas esta hipótesis parece bien poco natural, porque la oposición no está indicada en modo alguno." *Prat. o. c.*, t. II, p. 396.

3. *Prat. o. c.*, t. II, p. 108.

4. La confusión es igualmente imposible entre el *γούς* de Hermes, revelación, luz concedida a personas privilegiadas, y el *πνεῦμα* de Pablo, amor de Dios difundido en los corazones.

es una luz de visión que deifica al iniciado y le vuelve inmortal.¹

b) En punto a las DOCTRINAS, tampoco nos dejamos engañar por ciertas ideas muy generales, y que pertenecen al fondo común de no pocas religiones, por diferentes que ellas sean: Dios salvador, purificación de las faltas, iniciación que aseguran a los fieles la vida bienaventurada.

La concepción de la Salvación, σωτηρια, que nos da san Pablo contrasta, por otra parte, violentamente con la de las religiones con misterios. Los cristianos aspiran a la purificación moral, a una reforma profunda y verdadera, a la creación de un hombre nuevo cuya vida y obras manifiestan la acción del Espíritu Santo;² los mistos³ se aplican a obtener, sin esfuerzo personal, por procedimientos casi mágicos,⁴ una pureza ritual,

1. Notemos a este propósito, LA COMUNIÓN INTELECTUAL con la divinidad se obtenía 1.º por el rito culminante de la liturgia de los misterios, la Θέα la ostensión en plena noche, bajo la luz fulgidísima de los objetos sagrados: estatuas o símbolos; 2.º por la γυνῶσις, la visión que transforma el alma en la divina esencia; y 3.º por el éxtasis, ἔκστασις, estado que produce un elemento divino que se apodera del misto, le penetra y le anima.

Habiamos más adelante de la COMUNIÓN MATERIAL.

2. "Aquí (entre los mistos) la salvación, es desde luego el libramiento de la muerte; allí (entre los cristianos) es la liberación del pecado. Para el paganismo, la inmortalidad consiste en la continuación de la vida presente; para la religión de Jesús, de S. Pablo y de S. Juan, es definida la misma con la participación definitiva en una vida definitiva moralmente superior a la nuestra; se trata de sobrepasarse, de transcribirse, no de sobrevivirse." *La Nouvelle Journée*, 1 mayo 1920. Philonous, referencia crítica de la obra de M. Loisy.—Ciertos misterios manifiestan preocupaciones morales, bien lo sabemos. Mas son sobreañadidas a un culto ajeno de suyo a la regeneración interior.

3. Aún menester es distinguir. Los misterios egipcios (Osiris-Isis) o asiáticos (Mitra) se han siempre preocupado de la vida de ultratumba. Ciertos misterios propiamente helénicos (la hierogamia de Eleusis, por ejemplo) no fueron interpretados en calidad de ritos de salvación, con garantías de inmortalidad bienaventurada junto a los dioses, sino en una época muy tardía y tal vez hasta bajo la influencia del cristianismo. (¿Cibeles y Atis?).

4. "Brillant, después de Foucart, tiene razón en protestar contra la teoría que coloca la magia en los principios del desarrollo religioso, por cuanto la mentalidad primitiva revela otra cosa que la voluntad de sojuzgar las fuerzas de la naturaleza y el poder divino a los fines utilitarios del hombre. Con esta reserva—y es capital—ha podido acontecer que tal conjunto de ritos se organizara en derredor de una intención mágica. Es ello el caso para los cultos agrarios en general. Es el caso para el culto agrario de Eleusis. Y es ello el caso finalmente para las

del todo exterior,¹ que les asegura el olvido y la liberación de los males de la tierra, aún más, parece que la felicidad eterna.²

Y sobre todo, el modo de realización difiere soberanamente.

a) Si Jesús muere para expiar nuestras faltas y resucita para nuestra justificación, los dioses no incurren jamás en los sufrimientos y en la muerte con el designio de procurar o de facilitar la salvación de los humanos.³ Y además, carecen de existencia histórica. Osiris y Atis, de los que hablaremos muy en breve, son personajes míticos para simbolizar la mudanza anual de la vegetación que muere en invierno y recobra nueva vida con la primavera.

b) No se les llora sino en una época determinada y de una manera litúrgica; en cambio, los discípulos de Cristo procuran cada día, hasta en sus menores acciones (Col. III, 23), la unión del pensamiento y del corazón con el divino Maestro: "adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea" (Col. I, 24): completan personalmente lo que falta todavía a su pasión.

No se puede, por lo tanto, pretender que Pablo

ceremonias de la iniciación escatológica misma, porque aquí, Brillant se adhiere nuevamente a Foucart, y estima que en el conjunto y en su fondo, la religión de Eleusis permanece siendo lo que ella ha sido desde los comienzos, una magia, y, si puede decirse, una colección de recetas para asegurar la fecundidad de la tierra o arribar a las islas bienaventuradas." *Rev. prat. d'Apol.*, 15 dic. 1920. Th. Mainage, *Chronique d'histoire des religions*, p. 290.

1. Si es preciso creer a Filón, los bandidos, los piratas, grupos de mujeres disolutas y de mala conducta, tenían un cuidado especial en hacerse iniciar.

2. "La salvación que se buscaba en el culto de las divinidades sirias o persas, era menos, parece, la felicidad eterna, aun cuando la creencia en la inmortalidad tuvo alguna entrada en estas religiones, que el olvido de los males de la tierra en el éxtasis y los fenómenos orgiásticos..." *Où en est l'histoire des religions?*, t. II. Venard, *Les Origines chrétiennes*, p. 226.—"Todo lo que Demetrio y Perséfone prometen, es ello, sin condición moral alguna, la riqueza en este mundo y una suerte más comfortable en el otro, a aquellos que habrán visto las funciones sagradas. No es la inmortalidad lo que se les promete. Todos los Griegos creían en la supervivencia de las sombras. Sabían también que se puede mejorar su suerte con libaciones y sacrificios."

3. Se estilaban purificaciones para presentarse ante las diosas (Demetrio y Perséfone), dice el P. Lagrange, mas no purificábase por la virtud de las diosas.

haya entresacado de las religiones esotéricas el fondo mismo y el vocabulario de su teología. Empero si no ha elevado, por su propia iniciativa, al Cristo-Señor hasta la cumbre del culto y de la piedad cristiana, ¿no habría su genio, tal vez, impreso su huella en la fe naciente que el ambiente greco-pagano transformaba poco a poco en misterio, y en la imagen de los misterios, saturándola de su espíritu? ¹

B.) LAS INFLUENCIAS INCONSCIENTES

Hemos de discutir desde luego una afirmación gratuita, aventurada.

“Entre las cualidades de espíritu que se deben reconocer en Pablo, preciso es poner en primera línea una aptitud singular en apropiarse las ideas que combatía”.²

Y luego, los partidarios de esta tesis pasan a describir el escenario. Durante la ruta de Damasco, mientras una alucinación auditiva y visual le derriba al suelo de su caballo, Pablo siente flotar en su conciencia clara las ideas de las que está lentamente penetrado sin saberlo, por lo mismo que las ha combatido. La quimera que perseguía en su odio—la mesianidad del Maestro de los cristianos—, revístese súbitamente de un matiz nuevo. Porque, del mismo modo que Pedro, Santiago y el diácono Esteban, Pablo ve en él, en aquellos momentos, al Ser misterioso, al Dios en forma humana, que, según la predicción del protomártir, abolirá el Templo y la Ley. Mas, desde entonces, ¿no será cosa legítima anunciar el Reino a los paganos? Con este pensamiento, una reacción de simpatía se obra en favor

1. ...“La atmósfera espiritual estaba en cierta suerte determinada por estas manifestaciones, en el seno de las cuales el cristianismo ha tomado mayor incremento y hacen en gran parte su desenvolvimiento inteligible...” “...Una piedad, que se había desenvuelto sobre su suelo, amalgamóse con el evangelio de Jesús, hasta el punto de constituir con él una formación nueva, que permanecería para nosotros ininteligible tan largo tiempo como no conociéramos esta piedad.” Bousset, *Kyrios Christos*, p. XIII.

2. Loisy.

del mito del que Pablo ha llegado a enterarse discutiendo con sus compatriotas de la Diáspora, el mito de la muerte y de la resurrección de los dioses salvadores; y los ritos gracias a los cuales los mitos obtienen la incorporación a sus divinidades, dan ahora un sentido al bautismo joánico y al banquete conmemorativo de la última cena. Eureka. El genio de Pablo ha sondeado el misterio; como por ensalmo concibe su vasta síntesis de un Cristo Salvador universal, Salvador divino que, muriendo para resucitar, procura la salvación a la humanidad toda entera.¹

Teoría especiosa, teoría fantástica que desconoce sistemáticamente 1.º) nuestra incertidumbre acerca del grado de desenvolvimiento y el área de extensión, en esta época, de la mayor parte de las religiones con misterios, 2.º) la psicología del Apóstol y lo que es más 3.º) ciertos hechos históricos admitidos por todo el mundo sin discusión alguna.

LOS MISTERIOS PAGANOS EN TIEMPO DE SAN PABLO

“Loisy, habiendo procedido a una crítica implacable de los orígenes cristianos, se ha visto obligado, dice el

1. “Pablo se convirtió a un Cristo, cuyos rasgos, sin dudar de ello, los llevaba grabados en diversos compartimientos de su memoria. Había vivido en una atmósfera de maravilloso, en las que las comunicaciones directas con los seres divinos eran la cosa más natural del mundo. Tenía conocimiento de aquellas divinidades, de las que se decía que la muerte sangrienta había sido un principio de salvación. No ignoraba que, en ciertos cultos paganos altamente reputados, la familiaridad de estos dioses salvadores era considerada como la prenda de una venturosa inmortalidad. La idea de una comunión con los espíritus invisibles, de una asimilación del creyente a su dios por la fe, en el rito religioso, no le era ajena. El Cristo que le llamó, no fué, pues, el predicador del reino de Dios, que había resucitado tres días después de su muerte; no fué aún el justo paciente por expiar los pecados de los hombres: fué el ser celestial, cuya muerte había destruido el pecado de la humanidad, que había querido sobrellevar en su carne. De suerte que el fulgor por el cual, según los Hechos, fué convertido Pablo, habrá sido la estela de luz que, desatándose con impulso ascendente de súbito en su espíritu inquieto, le habrá hecho ver en el Crucificado del Calvario al Salvador divino que existía desde la eternidad predestinado por Dios para la obra de la redención universal, y cuya muerte misma, seguida de resurrección, atestiguaba que él era para todos los hombres, el maestro de la inmortalidad.” Loisy, *Les mystères païens et le mystère chrétien*, página 133.

P. Mainage, a reagrupar en derredor de un nuevo eje los documentos evangélicos que había dispersado. Y lo que negaba de Jesús, debía atribuirlo a algún otro, porque ha comprendido muy bien que un fenómeno histórico de las dimensiones del cristianismo no podía ser el producto de una fuerza vaga, anónima, impersonal. Jesús eliminado, sólo a Pablo de Tarso podía atribuirse la responsabilidad de la empresa. Aún no podía asumirla sino con la condición de haber sido, antes, impregnado hasta la médula de una mentalidad pagana... Llevadas las cosas a un extremo tan inconcebible, (la hipótesis) constituye una formidable petición de principio”.

Fijémonos en los hechos,

a) SE SUPONE QUE, DEBIDO A LAS RELIGIONES GRECO-ORIENTALES, EL MUNDO MEDITERRÁNEO RESPIRABA, EN ESTA ÉPOCA, UNA SUERTE DE ATMÓSFERA RELIGIOSA POCO MÁS O MENOS CASI. IDÉNTICA; tanto sus mitos y sus ritos tendían a confundirse en una misma economía de salud. Empero, eso no cuadra apenas con la realidad. Los cultos de misterios acusan no menos diferencias que semejanzas, y a causa de ello, cada uno era, si es lícito hablar así, una especie de informe mezclanza. “La ola mitriaca, antes de rebotar en el Mediterráneo, fué engrosándose, en su camino, con elementos persas, caldeos, anatolianos y helénicos. La religión de Eleusis presenta una media docena de estratificaciones superpuestas, desde el culto primitivo de Daeira hasta el de Demetrio, de Koré y de Plutón. La religión de Dionisio ha sido profundamente modificada por el Orfismo y el Orfismo, en sus ritos y tal vez en sus creencias, es a su vez proteiforme. La religión de Isis y de Serapis realiza, en Alejandría, en tiempo de los Ptolomeos, la fusión de Egipto y de Grecia. La religión de Cibeles y de Atis nos ofrece, a partir de la época en que tenemos noticias acerca de ella, una inverosímil mezclanza, de la que el mito de Pessinonte

es uno de los ejemplares más acabados. Y hay unanimidad en admitir que nada fué tan flexible, tan maleable, como el culto de la gran madre frigia".¹ Sin duda, la evolución despeja y acentúa ciertas características. Mas el último término de tantas evoluciones variables, ¿fué, acaso, un mismo fondo común de ideas, de sentimientos y de aspiraciones? Nadie podría demostrarlo; y, no obstante, según la justa observación de un protestante liberal, Schweitzer, *parece que se mira al cristianismo, no como una realidad histórica, sino como una construcción artificial*, hecha de elementos tomados de cultos diferentes y de épocas diversas, y que no ha existido nunca como sistema definido, al menos en tiempo de san Pablo.²

b) SE SUPONE ADEMÁS QUE ESAS RELIGIONES PAGANO-HELÉNICAS HAN INFLUIDO, DE ALGÚN MODO POR DOQUIERA, EN LA FE CRISTIANA. Empero, ¿sobre qué se apoya una afirmación semejante?

Menester sería, no obstante, evitar los anacronismos. Pablo había escrito desde mucho tiempo antes sus Epístolas y fijado su doctrina, cuando la iniciación eleusiana o la participación del emperador en los ritos isíacos³ y metróacos dieron a los cultos orientales una notoriedad, un prestigio, que les impusieron a los súbditos del Imperio. Si se consulta el mapa incluido en la obra de Cumont acerca de los misterios de Mitra y se confronta con el de Deissman que representa el

1. Mainage, o. c.

2. *Geschichte der paulinischen Forschung*. 1912.—Los historiadores de las religiones bien pueden hoy hallar entre los diferentes cultos ciertas ideas generales o ciertas prácticas comunes, y hasta, desde la antigüedad, mitólogos y filósofos han podido intentar asimilaciones entre los dioses propios de cada religión, considerándoles como manifestaciones de una divinidad única, empero eso son especulaciones sabias que no influyeron apenas, parece, sobre los creyentes de cada culto particular, y esas ideas comunes no influyeron en la piedad popular. *Revue du Clergé Français*, 1-15 octubre 1920, p. 284. L. Venard, *Chronique biblique*.

3. Se hallan en las paredes de las tumbas y de los templos en Egipto, desde las primeras dinastías, hartas alusiones al mito de Isis y de Osiris. Pero se trata de ritos funerarios. Es menester descender hasta Plutarco y Apuleyo para hallar documentos, en los que la iniciación isíaca ofrece algún parecido con los ritos cristianos. Si los misterios de Eleusis son más antiguos y más célebres, en desquite presentan aún menos puntos de contacto.

teatro del apostolado de san Pablo. se ve que los dos dominios se excluyen mutuamente. El Cristo predicado por el Apóstol toma posesión desde luego del mundo helénico, del mundo civilizado; Mitra está aún relegado en los confines del mundo bárbaro. Ciertamente, ningún contacto ha existido entre ellos.¹ El culto de Dionisio no tiene mayor nombradía. Tiberio había prohibido oficialmente los ritos públicos y secretos de la diosa Isis. En tiempo de Claudio, la religión frigia (Atis y Cibele) comenzaba a extenderse en Roma.²

Sea de ello lo que se quiera, *Pablo no ha podido conocer los misterios como nosotros los conocemos*; porque, en la forma desarrollada en que la escuela religionista los opone a nuestra fe, datan generalmente del siglo segundo³ y se fueron perfeccionando en contacto con el cristianismo y en rivalidad con él.⁴ Aún hoy día sabemos bien poca cosa, salvo en lo que se refiere a los ritos de Demetrio en Eleusis, de los Cabiras en Samotracia y de Isis en Egipto. Algunas fórmulas, algunas prácticas citadas incidentalmente por los novelistas y los satíricos, por los filósofos paganos

1. Cfr. Prat, art. cit., col. 1649-1650. "Por lo demás, en tiempo de S. Pablo, los misterios mitriacos no tenían importancia alguna; es, pues, inverosímil que Pablo les haya conocido y enteramente inadmisibles que haya entresacado nada de ellos. Tal es el parecer de Cumont, de Dejong, de Harnach, de Toutain."—Confróntese aquí esto con la página

2. "Si uno hace memoria de que hasta los tiempos de Claudio el culto de Atis, casi desconocido en países helenizados, no era en Roma sino un culto extranjero, simple objeto de admiración por sus ritos extravagantes y poco estimado, concluirá que la cuestión de una influencia sobre el espíritu de S. Pablo no puede ni plantearse." La-grange, art. cit.

3. Con excepción de Eleusis.

4. Se puede volver por pasiva la acusación de los comparatistas y sostener que el cristianismo ha dejado sentir su influencia en las religiones de misterios. Porque uno de los autores que nos informan a su objeto, Apuleyo, había largo tiempo vivido en Cartago en un medio ambiente cristiano; la leyenda mitriaca presenta esos rasgos contradictorios: nacido en una tierra en la que no hay alma viviente, el dios ve pastores y corderos acudir diligentemente a su cuna; y sus mistos señalan con una cruz los panes del banquete sagrado.—"Desde que el cristianismo llegó a ser una potencia moral en el mundo, se impuso hasta a sus enemigos, dice M. Cumont. Los sacerdotes frigios de la Gran Madre opusieron abiertamente sus fiestas del equinoccio de primavera a la Pascua cristiana y atribuyeron a la sangre esparcida en el tauróbol el poder redentor de la del Cordero divino." *Les religions orientales*, pp. XI-XIII.

y los Padres de la Iglesia,¹ un reducido número de oraciones y de himnos a los dioses, la mayor parte mutilados, encantamientos mágicos que nos han conservado los papiros,² el relato de las iniciaciones, así como la descripción de la liturgia que les acompaña—he ahí nuestros únicos documentos. Y todo ello motiva que las comparaciones sean muy defectuosas. ¿Es propio de un buen método, se pregunta el P. Prat, buscar en composiciones híbridas, de fecha y de procedencia inciertas, la fuente del pensamiento de Pablo, y no es destinar una tesis al ridículo el apuntalarla con semejantes argumentos?

LA PSICOLOGÍA DEL APÓSTOL

Que Pablo haya conocido las religiones esotéricas, parece indiscutible. Nacido en Tarso, donde pasó su adolescencia y donde los misterios de Mitra hallaban desde mucho tiempo favorable acogida, había después vivido en la ciudad de Antioquía, en la que habitaban en gran número los secuaces de Adonis y de Venus; luego reside en Atenas y en Corinto, dos centros del culto de Eleusis, y recorre los puertos del Mediterráneo que admitían fácilmente las divinidades griegas y orientales. Las clases humildes de estas ciudades, a las que se dirige con mayor frecuencia, son tributarias de la mística pagana: ¿cómo no suponer que el Apóstol dejara de interrogar a humildes gentes para comprenderlas mejor, para discutir sus doctrinas y para predicar su Evangelio, adaptándose a su punto de vista (Act. XIII, 16 s. s., XVII, 22 s. s.)? Empero la educación

1. Diodoro de Sicilia (siglo I), Pausanias (s. II), Apuleyo (s. II); Tertuliano (240), Arnobio (327), Firminus Maternus (s. IV), S. Jerónimo (420); los "Philosophoumena" (s. III).—Sábase que los Padres acusan al diablo, esa mona de Dios, de haber inspirado esas parodias del culto cristiano. Podrá ser que el tono de sus palabras sobre ese punto concreto fuera un tanto subido, observa Prat. Aún sería labor meritoria examinar sin idea preconcebida la cuestión de prioridad.

2. Los papiros mágicos y los libros herméticos remontan al tercero y al cuarto siglo de nuestra era, aun cuando pudieran contener y contienen sin duda documentos más antiguos.

que recibió lejos de la escuela pública, parte en casa, parte en un local contiguo a la sinagoga donde el hazán enseñaba, con los elementos de la Ley, solamente el griego popular, el κοινή διάλεκτος, esta educación le apartaba o distraía de curiosidades indiscretas, le preservaba de un estudio concentrado y seguido. Y lo que es más, debió inspirarle una aversión profunda para con los mitos y los ritos del paganismo; porque, hijo de Fariseos y él mismo Fariseo (II Cor. XI, 22), procedente de la tribu de Benjamín, la más fiel, con la de Judá, en mantener la tradición nacional y religiosa de los profetas (Philipp. III, 5), el Apóstol se enorgullecía de su formación austera (Act. XXII, 3), se mostraba irreductible en cuanto a la justicia legal (Act. XXVI, 5), que amaba con gran cariño (Rom. IX, 3-4) y de conformidad con ella regía su conducta (ib. X, 5); y orgulloso como estaba de las prerrogativas de Israel (III, 1-2, IV, 16-17) y de su elección divina (XV, 8, Gal. III, 8), todo era en él expectación por causa de las esperanzas mesiánicas (Act. XIII, 32-33). Hasta el momento de su conversión, la rebelión contra la Ley había provocado su cólera, y su *fanatismo* se manifestó violentamente cuando vió que algunos predicaban el fin del mosaísmo y de las tradiciones rabínicas; más que adscrito a la escuela de su maestro Gamaliel, hijo menor del bondadoso Hillel, Pablo parecía entonces militar en la escuela adversa, cuyo caudillo arrebatado y violento era Schammaï. Y ¿es posible que se nos presente como impregnado de ideas sincretistas a un partidario tan cerrado de la Ley? En tal caso, que se nos expliquen

ALGUNOS HECHOS INDISCUTIBLES

El Apóstol se da cuenta de que su Evangelio constituye a los ojos de sus compatriotas el más formidable de los escándalos y con relación a un pagano la más grosera de las locuras. No obstante lo propaga, a pesar

de que para él, como dice Aug. Sabatier, la necesidad de conservar es más imperiosa que la de innovar¹ y de que manifiesta un alejamiento absoluto con respecto a las doctrinas y los ritos del paganismo. "No os pongáis bajo un mismo yugo con los infieles. ¿Qué puede haber de común entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué concierto entre Cristo y Belial? ¿Qué unión entre el creyente y el incrédulo? ¿Qué relación entre el templo de Dios y los ídolos?" (II Cor. VI, 14, 16).² Pablo había dicho antes: "Lo que los paganos ofrecen en sacrificio lo inmolan a los demonios y no a Dios; ahora bien, no quiero que estéis en comunión con los demonios. No podéis tener parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios". (I Cor. X, 20-21. Cfr. Rom. I, 88-83, Rom. I, 18-33, I Cor. VI, 9-11, II, 5, Eph. II, 12-12, IV, 7-19, Col. II, 8).

Esta actitud es una garantía de que Pablo no toma nada de fuentes paganas o del judaísmo sectario.³ De hecho, debe sus luces a Dios, quien le reveló a su Hijo Jesucristo (Eph. III, 3-10, Gal. II, 12, II Cor. XII, 1, 4, I Thess., IV, 15).

1. *L'Apotre Paul*, p. 286. Sabatier remite a I Cor. XV, 1-11, II Thess. II, 15, Eph. IV, 3, Phil. III, 1, Col. II, 6, Rom. XVI, 17.

2. "Se pregunta vanamente lo que Pablo habría requerido de los misterios. ¿La aspiración hacia la salvación eterna? Empero, ¿dónde era más ardiente que en el seno del judaísmo? El judaísmo le suministraría, en oposición con los misterios, la justificación obtenida por las obras de la Ley. Y no lo quiso. ¿Es, pues, que prefería la salvación obtenida por favor, al modo de los misterios? Mas, su teoría de la salvación va más allá en todos los sentidos de los elementos materiales que podían ellos contener. La salvación viene de la fe al mismo tiempo que del Bautismo, por cuanto la fe y el Bautismo se apoyan sobre un hecho divino, obrado para la salvación de los hombres, la pasión de Jesucristo. Esta pasión no contenía solamente una energía que purificaba del pecado; ella comunicaba además el Espíritu, principio de una vida nueva y divina. Pero, ¿es necesario insistir más? Toda comparación sería una injuria para S. Pablo, y se puede hacinar los misterios de Eleusis entre aquellos actos de idolatría que hacían estremecer de santa indignación su espíritu, cuando entró en Atenas (Act. XVII, 16). Si ha tenido conocimiento de estos misterios, no ha podido mirarlos sino como elementos vacíos de la gracia que predicaba." *Revue Biblique*, 1919. *Les mystères d'Eleusis et le Christianisme*, pp. 216-217.

3. "Tal vez pudo allí aprender (en el culto frigio), si lo hubiera ignorado, el valor expiatorio de la sangre. Empero, ¿no era ello una doctrina fundamental del Antiguo Testamento? Y él proclama a raíz de la Pasión que el sacrificio de Cristo volvía a los demás inútiles: lo que los secueces de Atis no sospecharon jamás para su dios." Lagrange, *Revue Biblique*, 1919. *Mélanges*, p. 479.